

JOSE MARIA DE LA ROSA

DESIERTA ESPERA



Ediciones GACETA SEMANAL DE LAS ARTES
de SANTA CRUZ DE TENERIFE, 1966

AUTOBIOGRAFIA Y JUSTIFICACION


NADA que constituya novedad, va a expresarse en estas líneas. Soy hombre de naturaleza inquieta, siempre en desasosiego. Mi suerte ha sido la causa de esta inquietud. Nunca fui libre, mi aspiración máxima. Uncido a la Administración pública desde mi adolescencia, no dispuse de buen tiempo, ni pude vivir en los lugares deseados; hube de conformarme en hacerlo en aquellos que me señalaron contra mi voluntad. Aunque hijo y padre de tinerfeños, no nací en Tenerife. Me contento con ser isleño de vocación. No me fue propicio de joven un embarque para América del Sur. Jamás hice un negocio a mi gusto. He pasado la mejor y mayor parte de mi vida, esperando. Esperando, no sé qué. Pero esperando. Ahora pongo fin a un deseo muy antiguo, escribiendo estas líneas que acompañarán a mi libro. Un extremoso sentido —mezcla de temor al ridículo y timidez— ha agarrotado siempre mis decisiones; y muchas veces, las más, conducidas al rincón del silencio. Tal ha sido de rígida mi propia censura. Es inexplicable cómo me atrevo a suscribir estos renglones, confesándolo. De verdad, me cuesta gran trabajo.

Como isleño de cepa —pues aquí comencé a aclarar la lengua— soy tremendamente a-isla-do; y las circunstancias íntimas que me rodearon, fueron el remache del clavo de mi soledad.

Amo a esta tierra. La defendí y alabé en todas partes; en público y en privado. En alta voz o en silencio. Acaso sin embargo no sea pronunciado mi acento localista, a través de los poemas que ahora publico. Pero debe llevarse a la razón que, cuantas veces expongo un paisaje, mi pensamiento es Tenerife; y de aquí todas las sensaciones, todos los estremecimientos; de aquí la viva emoción que se adentra por mis ojos abiertos de par en par, para que anduviera zigzagueante en mi íntimo ser, cuando he puesto el pie en la cumbre tinerfeña,— en sueño o realidad—, y he contempla-

DESIERTA ESPERA





Imprenta de Pedro Lezcano Montalvo
Paseo de Tomás Morales, 17
Las Palmas de Gran Canaria, 1966
Depósito Legal G. C. 294—1966

H26 8226

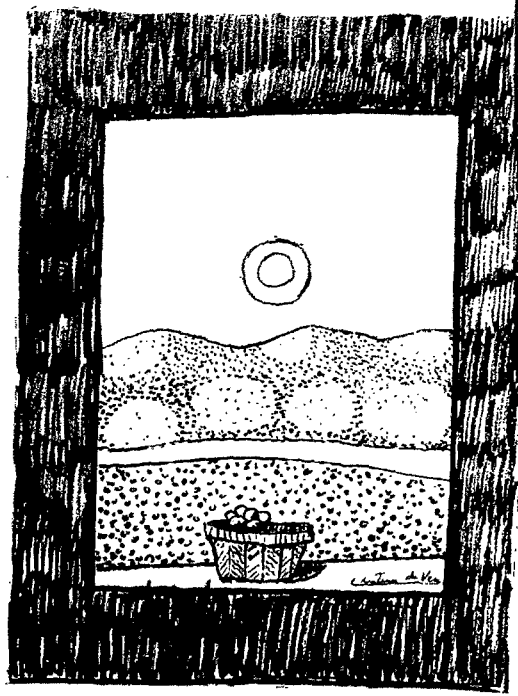
JOSE MARIA DE LA ROSA



DESIERTA ESPERA

P.R. CANARIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE G. CANARIA
 N.º Documento 81096
 N.º Copia 624026



Ediciones GACETA SEMANAL DE LAS ARTES
de SANTA CRUZ DE TENERIFE, 1966

Dibujaron las viñetas de este libro:

CRISTINO DE VERA

ENRIQUE LITE

FRANCISCO ARMENGOT

ANGEL F. MORENO

J. A. DE LA ROSA



INTRODUCCION

EN 1952, fecha de publicación de la «Antología de la poesía canaria», escribimos unas notas sobre la lírica de José María de la Rosa, que queremos reproducir aquí:

«José María de la Rosa y López-Abeleda, nace en Madrid, como el poeta Julio Antonio, su hermano. Muy pequeño, en 1916, viene a Tenerife, donde vivirá hasta 1945. Después de este tiempo radicará en la península en diversas capitales, obligado por su cargo de funcionario del Estado. Estudia aquí bachillerato y comercio. En 1930, gana por oposición en Madrid, una plaza en el Ministerio de Hacienda. Hasta 1936, figura en el cuadro de redacción de la revista «Gaceta de Arte», donde colabora asiduamente. Escribe poco en la prensa local. Ninguna asistencia a fiestas literarias. Funda con distintos escritores y artistas el segundo Ateneo de Santa Cruz de Tenerife. Es su secretario general durante las presidencias de Agustín Espinosa, Fulgencio Egea y Pedro Pinto de la Rosa. Ha viajado mucho por la península, norte de Africa (ahora también por Francia, Bélgica e Italia) y ha colaborado en periódicos como «Lucha» de Teruel y otros peninsulares y de Sudamé-

rica; y hoy en «Información» de Alicante, a cuya redacción pertenece como encargado de la crítica de arte y literatura. De José María de la Rosa, se puede decir que es el último de los poetas cuya formación y desenvolvimiento es de 1936. No ha publicado ningún libro de versos, pero tiene varios inéditos de los que separamos los poemas de esta «Antología»: «Intimo Ser»; «Vértice de sombras»; «Ausencia» y «Viento o muerte». Estos dos últimos han sido escritos fuera de la Isla. Nuestro poeta pertenece de hecho a la generación de «Gaceta de Arte» y convive con sus horas más felices de expansión y cosmopolitismo. De estricta naturaleza romántica, su poesía fue inundada desde muy joven por la corriente surrealista y especialmente por lo que representaba en España el desmandado decir de Vicente Aleixandre. Pero también se puede observar en su lírica el gusto por el hacer puro de Jorge Guillén; una de las más grandes y contradictorias devociones de nuestro poeta. Pasión, lirismo exultante y un cierto gozo dolorido del sentimiento cotidiano, vertido todo esto con aire de vendaval romántico, que constituyen las notas esenciales de su actividad poética. En el fondo, como todo buen insular, aparece en sus composiciones la melancolía innata de nuestra lírica. También un inusitado amor al paisaje. José María de la Rosa, se desvive por obtener extrañas realizaciones abstractas, de visión astronómica, como si su Isla se hubiera convertido en un gran observatorio para desde ella, contem-

plar a través de un largo catalejo el raudo paso de los mundos. Este paisaje está presente no sólo en la mera descripción del cuadro como tal, un eclipse, un charco, una lluvia, sino formando parte de la naturaleza del ánimo del poeta y de sus angustias y desesperanzas. Paisaje duro, bronco, seco como el de algunas regiones de su Isla y sus acantilados. Poeta insular de fundamentación psíquica imborrable, la lleva a rastras como el cometa a su cola. Para esta «Antología», hemos seleccionado los cuatro primeros poemas de «Intimo Ser», «Charco» y «Noche de lluvia» pertenecen a «Vértice de sombras». Los que siguen hasta «Mi Isla», son de «Ausencia» y el resto de «Viento o muerte», libro escrito en 1950, en Alicante, su actual residencia. Hoy sigue siendo el mismo poeta, irregular, antipreceptista y desenfadado de siempre».

* * *

Aquí termina nuestra introducción referente a este poeta, en la «Antología de la poesía canaria»; después la historia ha seguido su curso. José María de la Rosa ha vivido algunos años destinado en el Ministerio de Hacienda, en Madrid, adaptado a su papel de probo funcionario. No tomó contacto con los poetas españoles de la corte, a excepción de algún conocimiento personal. Allá vivió aburrido, solo, escondido. Siguió escribiendo sus versos como si tal cosa.

Estos versos le ofrecían alegría, eran sus camaradas de ruta y le aseguraban la posible ruptura de su aislamiento contumaz, sólo roto por conferencias en Salamanca, Alicante y otras provincias españolas sobre temas poéticos y artísticos; sin olvidar su colaboración asidua en la «Gaceta Semanal de las Artes» en «La Tarde» de nuestra ciudad, que ha recogido durante algunos años las crónicas de este escritor, que vivió siempre en una ausencia desventurada. Más tarde, ha regresado a Tenerife, junto a sus hijos y aquí ha mantenido la misma actitud vital, que en los diversos lugares recorridos. Ha continuado componiendo sus poemas, sin perder de vista lo que se hacía en España. De esta hora son «Gentes», «Amor en el tiempo» y «Paisajes». Dentro de la Isla, mantiene su aislamiento y en esta condición humana perenne ha encontrado el clímax de la existencia reconquistada. En 1966 decide publicar una selección de toda su obra; no había editado nada hasta esta fecha, por pereza, insatisfacción o inercia, y, de pronto nos encontramos con este vasto volumen, donde toda la crónica del corazón del poeta, las alteraciones de su pensamiento, los lugares de sus dramas se dan cita muy colisivamente.

José María de la Rosa no ha dejado de ser el mismo poeta de siempre, muy fiel a sus principios, muy ajustado a la inspiración inicial. En su lírica de hoy hallamos con facilidad la imagen primera, su atormentada visión del mundo, su inquebrantable fi-

liación existencial. El poeta ha ido acumulando su historia, descalabros, guerras, desesperanzas. En el fondo de su alma, siempre vivió un montoncillo de frescas hierbas de tisana, que le han sostenido. Hubo siempre en él una ventana abierta a las circunstancias, con las que se ha comprometido muchas veces aguerridamente, y otra ventana cerrada con redes marinas que han cubierto su más entrañable intimidad. Entre estas dos fuerzas de sostén, crucificado entre la máxima timidez y un arrogante desprecio, que como buen insular sabe resolver dialécticamente, tirando por la calle de en medio: la ironía melancólica del esfuerzo no inútil. José María de la Rosa, no siente miedo de su esencial manera de ser lírica, irregular, antipreceptista y desenfadada. La poesía ha sido su gran amor, un amor bélico que no llevó a ninguna fanatización, ni a una música exigente ornamental, ni a una belleza rítmica imponderable, ni a una arquitectura de rigurosos patronos. Nunca hemos conocido sus ideas sobre la poesía. Su romanticismo fundamental e indecible, que no tiene nada que ver con el romanticismo de las escuelas, nace con su aferramiento ancestral a la Isla en que vive y se confirma con su conciencia irreversible de abandono, con su irreparable vocación de la libertad. No de la libertad para hacer lo que nos viene en gana, sino de esa otra libertad que supone la revelación de un mundo inseguro, el cambio de su realidad, la crisis agobiada de una vida en marcha. Como Dylan Thomas, en su

hermosa composición «In my craft or sullen art», José María de la Rosa, pudiera afirmar que «escribo para aquellos amantes que rodean - con sus brazos las penas de los siglos - y no brindan ni paga, ni elogio - ni curan de mi oficio o de mi arte».

DOMINGO PEREZ MINIK.

Tenerife, 1966.

VERTICE DE SOMBRA



10

12

I

ME estremece tu aliento que percibo
en esa sangre, vínculo invariable,
que recorre la cinta de mis ojos inquietos;
horizonte absoluto de plomo y de cenizas
que robas panoramas entre tus manos húmedas
de rocíos indecisos.

Contigo, sueño y muerte, amasan sombras
en la agonía de una nebulosa desmayada.

Los colores difuntos, arrastran un llanto de carbón
que lleva a tus dominios la personalidad
de un beso, una ciudad o acaso de una avispa,
cercados por el tono de tu voz.

La confusión avanza en espionaje lento,
su lucha sin candelabro fijo,
es un vals, o una lágrima de limón oscilante,
en el arpegio agudo de un delator de albas.

Suspiro o trueno, cruzan por tu recinto
todas las melodías de amarillo pavor.

Silencio ausente de otros meridianos,
cuando te yergues firme,
cristalizas crepúsculos, enmudeces latidos
en una feliz cópula de calmas y de vientos.

En tus huellas palpita
un temblor tan redondo de girasol ahogado,
que me esclaviza torpe en el vacío,
como una sola gota fatigada.

II

IMAGEN repetida en el mercurio azul
de una mirada hermética.

—Lodo y silencio soy,
los nervios y la médula, de un navío del aire,
sin gaviás, tonelajes, ni meditado rumbo,
la medida absoluta de tu capacidad,
dentro de coaguladas tinieblas en mi misma;
agito tus entrañas y enluto crisantemos,
tic-tac profundo de las masas vírgenes.....

Mar trepidante, inquieto,
guárdame como buque apagado,

como luna seca y estéril,
que evoca el recuerdo perdido de coral y de musgo,
en su sueño perpetuo de cráteres y frío,
que un rayo de cal se estremece en el agua
como gesto de llanto o de olvido absoluto.

—Soledad. —Sombra. —Nube.

En las playas acechan los ecos de tu paso
vagabundas espumas,
manchan una honradez de sobornada arena.

Eres mar, una inerte báscula, cuyo fiel,
descifra el peso exacto, de un destino de noches.

III

No huyáis cumbres y valles,
barrancos y laderas,
porque os agite en mi dolor espeso;
seré tan breve
como la sonrisa deshecha de una despedida fría,
como suspiro roto o despliegue de confundidas alas,
sólo busco el regazo de una cuenca vacía,
selva o vado de ríos en silencio.

Victoriosa descanso en esos pechos firmes,
cimas madrugadoras de mi angustia crispada,
que me amenazan rojas en un puño de sol,
desafío rotundo del amanecer tibio.

Traigo para los prados en mi retiro oculta,
una sedienta combustión de insomnios
y mi presencia
es símbolo de hoces destempladas y de torcidos páramos
en mi oscuro destierro repartidos.

Al compás de mi pecho con urgente fatiga
tiembla la tierra
clave, en la luz estremecida de los tiempos,
y los campos teñidos de mi aliento fecundo,
son barómetro fijo
en las cosechas de oro o de cenizas.

IV

EN vertical descenso
camino hacia la cumbre de los meses que existo,
a rincones polares, que no conocen huella,
en mi ruta de copos y planicies dormidos,
clavo la luz cansada
en un cruel epílogo de grises mecanismos.

Es mi oscuro destino
romper crugientes témpanos,
como huecos corazones,
como lápidas y trajes enlutados
como labios inertes,
y trasladar los árticos, desgarrados, furiosos
para filtrar su imagen secuestrada y deshecha
entre árboles y cúpulas de hielos archivados.

Un giro violeta de ligeras escarchas
brota de la montaña, en espejo arrugado
como hoja de perdido almanaque sin número
que flota en caudaloso velo de incertidumbres.

A través del espacio, vaga tierra agotada
—ojo lentísimo, descompuesto y turbio
como negro cristal o viva lumbre.

V

OH ciudad luminosa
cierra tus venas encendidas,
ven a mi espacio inerte, para escuchar tu risa trasnochada
ven, que aquí en mi distancia, se apagan los suspiros
—ritmo de los motores—
y las falsas siluetas de esas bujías lívidas
que solicitan guerra, con la espiral perdida
en sus brazos de luna.

Ven ciudad amorosa,
te sellaré los labios, la conciencia o el odio,
devoraré tu vértigo
con el ansia de los sueños que no terminan,
como una sinfonía desgarrar los pentágramas
deshaciendo las notas en un control de tiempos.

Ven para despojarte de la absurda censura.
Oh ciudad febril, ven;
quiero sofocarme en tus senos,
navegar en los muslos que palpiten más tarde.
Quién pudiera volar,
romper los surcos de oro del espacio tristísimo
cuando la altiva torre cambia su piel de arena
por locos alfabetos o relojes partidos.

VI

BARRIDO por la sombra, he encerrado el paisaje
en un desenfocado lente de confusiones,
donde el calor inmóvil, no contiene las aguas;
—cabellos de cristal que rompen en la arena
pisadas o gemidos—
y, fundidas, oscilan en un signo de invierno.

A su corriente rápida,
el caprichoso grillo, frotándose las alas,
se internará en su gruta de topo involuntario.

La tierra, enmohecida de un intenso erotismo,
germinará los tréboles de pensamiento verde,
como enigma de un choque de sexos en el barro.

Se perderá mi esfuerzo en minúsculas bocas,
como vacíos cráteres de un agotado llanto.

Quando la rotación no respete lo turbio
y tiemblen las imágenes del sueño o artificio,
en el fondo del bosque
palpitará el recuerdo;
dentro,
donde el rugoso tronco afile espesas gotas
que se hundan en el musgo de las noches aisladas...

VII

HE traído en mis horas, con estío y luna nueva
la caricia redonda de mil besos de vidrio,
que, con fingido azar,
han extraviado mis páginas vencidas en el cielo
o en pedazos de sol,
en una inalterable latitud
administrada por gravitaciones;
gusanos de arco iris, flores o mutaciones
vuestra muerte
fulmina el hueco del vacío,
y tembláis en los lagos, una por cada gota
hundiéndose en las piedras, vuestra imagen herida
como viejos recuerdos...

Sois, quizás, la memoria tibia de otra inquietud
de paisaje evadido en vertical silencio,
en armonía fiel de las campanas rotas
cuando los mundos giran rutinarios.

VIII

No ha llegado la fecha extraviada,
la tijera segura para cortar el tiempo,
en que a mi paso tome la llama entero luto,
en que rotunda arroje de mi lado la voz,
en que sólo quede el latido en la sien
de una serenidad que adormezca la vida
cuando el falso color se desnude del brillo,
y la distancia pierda su fiel seguridad de límite concreto
o el rocío que no busque humedad discurra suspendido
sin llegar a simiente.

Cuando mi única nube, ciegue todo el paisaje,
en que el mar no sea masa
sino trémolo quedo
que suene a lejanía.

Cuando la encrucijada se pierda en la montaña,
la costa y la arboleda se ausenten en la sombra,
todo será impresión de reposo deshecho
en que nieblas circulen como borrón de ideas,
entonces el sonido llevará inutilmente
una agitación loca de destino perdido.

IX

ENCADENADO de unas estrías verdes
con fondo de sollozos,
brilla el espejo redondo de mi ausencia,
—siniestro desvelado—
en acecho de nubes, de besos o puñales;
—vientre de concha abierto que tiritita en la playa
o en la pasividad de un perezoso mar,
cuyo eclipse de círculo no se arroja a las piedras...

Ojos, que con la luz, se aturden en un vértice,
cuyos rincones hundidos, como arrugados dedos vacíos
entonan unos salmos de pasiones en serie,
palpitando su sangre apretada de chorros,
de tendones, de imágenes de aumento,

que a la llegada del fijo destino
se disuelven en un secreto azul de melodías,
reflejo de una gema absolutamente anónima.

En las navegaciones del sonido, cuando de abrir las sombras,
se fatigan los pulsos por escrutar secretos de emoción,
derrito en su curioso
gotas de olvido, que de pesadísimas,
encierran los recuerdos en sus choques.

X

DE mis labios emigra una trombra violenta
y sangra la montaña, que descubre rasgada
la centella fugaz,
pisándose la nieve con los árboles secos
como crestas de mar, que se revuelven sordas
sin poder destruir la piedra
que es ensayo de colores deshechos.

Se disuelve el espacio
en su fondo de acero
las palabras-escamas brillan en una voz.

Hay tragedia en los mares
en su seno tranquilo donde los resplandores
disfrazan el coral,

atónita, la estrella busca el charco olvidado
o la sima insondable,
retiembla el zumo fijo de la escarcha fundida
y en el lejano monte abrazado de humo,
el árbol de rodillas, rinde su cuerpo al fuego.

Cuando sombra y silencio duermen en los planetas
y vuelvo a mi retiro para vagar perdida,
el estertor que agobia las cosas y los hombres
es ceniza inmutable que no resbala nunca.

XI

UNA recta deshecha de rapidez que lleva
todos los cuerpos vivos a la cruel gravedad
ha rasgado el mutismo, la inercia que retiene
o roto el sortilegio de mi ciego secreto,
para entregar a brazos de una luz que no existe
el temblor de la roca
que despierta excitada,
a su choque vestida de rotundo carbón.

La raíz que se esconde en la anegada tierra
no es ya sarmiento dúctil sino imán fugitivo
en el aire que vibra apasionado en gotas,
huyendo de la sierra de lumbre que destruye

buscando entre los techos final a la traición
donde largas agujas clavadas en la altura
de tristes
son veleros arriados de puertos en parálisis.

Ya se aleja la muerte de sus horas de brío
y el cortejo que arrastra de metales tostados
desciende por la loma, despacio, muy despacio
como fuego vacío que derrite los huesos.

XII

PABELLON de equilibrios —el espacio—
las momias desquiciadas de los limbos
corren al fiel compás del anemómetro.
La yerba se ha dormido en la piel oscurísima
de la velocidad irremediable.

Geranios o blasfemias, con los brazos torcidos
son como nudos húmedos en las venas sinuosas,
que se ofrecen ojos al relente nublado,
en su vidrio de soles, brota la sangre inerte
de latidos que azotan la cascada del aire.

No es trueno o cascabel,
solamente es impulso
en el que voy rendida arrastranda la angustia

que me sigue implacable los pasos y las alas
sin poder redimirla o rasgarle la pena,
como a viejo brocal del que la luna
hace inmóvil antejo confundiéndolo.

En tu largo silbido que expira en un reflejo
como desorientado de un nacer de violencia,
se esconde una armonía de ruta terminada
como pulso en silencio
o viajero que hunde la frente en una estrella.

XIII

YA no eres inmutable soledad de palmeras;
que crecen en las ondas,
como desparramado abecedario,
ni siquiera lágrima de neblina,
no se alongan las nubes a tus charcas,
sin musgo, sin guijarros, —sin agua, acaso,
donde la masa cálida se agita en desconcierto,
sepultada de humos que no encuentran la precisa salida
al viento que circula como aspas.

La órbita dilatada de tu arena madura,
no es página en reposo o espectro de baldío...

Cuando gira la esfera a los nidos de sombra
esa melancolía de amarillos esfuerzos

se funde en misteriosa silueta de pavor,
como ébano bordado en columnas desnudas
en un fondo de grutas y retamas sangrientas...

Ha expirado el desierto,
rompiendo su sorpresa de igualdad infinita,
se borrarón los moldes de axfisiadas gargantas,
la llanura no es recta, ni sombría o redonda,
es, sepulcro apagado, donde reposa el sol,
—quizás el viento—.

XIV

EN el capricho de un lejano busto
como collar o túnel,
una continuidad de lacre adormecida en fuego
despierta al infinito color pálido.
Sordas detonaciones, —látigos seducidos—
cruels, como secas tierras o corazones parados
por la alarma de señales invisibles,
siembran un agujero en el espacio.

Es una sensación del ojo interminable de una curva
es como una actitud de frío cósmico
tan frío, que la nieve entre sus rejos
tiritita,
desvistiendo mis lejanos rincones sombríos

en que abrazados buques, silenciosos, deformes,
se abordan en un beso sin rotura o naufragio
en el que los colores no son labios ni rojos,
tal es la mutación y velocísima.

Ya lejos se divisa al desteñido sol
como naranja ahumada o cobre que descende,
que al guarecerse próximo
deja toda la luz, tan extremadamente pensativa
que no acierta el paisaje
por qué el hielo se extingue tan pausado.

XV

LA tarde se ha empapado de color hojas secas,
comienzan las gaviotas a encerrarse
en el fondo de plomo de sus brazos,
los dueños de la selva, encienden en su espejo,
espadas de perfil, horizontes de páramo,
acero como mares inmóviles.

Campanas, tartamudas, balbucean sin cálculo,
faldas de verde bronce, o miradas que ocultas
acechan tercamente...

Se adormecen las cumbres,
la razón o equilibrio
no resiste la lucha de oscilación constante,
que como unas caderas sin engaño,
excitan la distancia a deseos de noche.

Se disuelve la imagen en un haz de tiniebla
y cuando los perímetros se despiden del beso,
los dos senos, audaces, distintos y redondos
rompen la aurora nueva, sin sangrienta armonía,
como ojo desprendido de una máscara en sombras
que remedó en la ausencia el humo de los límites...

XVI

COMO un alambre frío,
ese vértice tuyo de elefante sagrado,
señala indiferente, un exacto color entre las brumas.

Ha escapado mi luz, como difunto,
a emborronar las cúspides de yeso,
que despiden arrugas tan profundas
como la sima de un pensamiento absurdo,
que ávidamente, a tientas, trata de sondear la razón.

Como interrogaciones siniestras que investigan
por qué esta noche los árboles son blancos,
se citan los planetas sorprendidos; ellos,
que eternamente, como red o panal,
vagan muy azorados,
por la rota estrategia de las horas.

La yerba, los callaos, las espesas arenas,
se hallan tan hábilmente disfrazadas,
que parecen espumas del agua en la marisma,
tantas, como mil erizados senos de adolescente,
que hacen escasas todas las pestañas.

El buho que discurre entre las ramas de suspiro opaco,
asegura el presagio o agüero de la paz...
Tal es la soledad y el aislamiento,
que al flotar una hoja, arruinando los copos
las blasfemias de toda la quietud
deslizan en sus huesos, amapolas o estaño.

XVII

No vibra el bronce roto.
Un crisantemo es en la soledad araña blanca.
Un anónimo ataúd descansa su rastro de girones.
Secos sarmientos condenados al polvo
siguen en la humedad segura de tormenta,
superficies de pavesas febriles y olvidadas.
Filos de relámpagos roen corazones de ritmos
dormidos.

Los emigrados tristemente vagan
en las llagas de plomo de la sombra
y es tan inútil la luz entre los troncos
que el agua más espesa roba toda su fe de vivo
encanto
con un vaivén de mares excitados o diestros
a la inscripción que señaló el reposo.

Y en su lenta inquietud de ala perdida
como una violeta luminosa
que brota de la tierra sin raíces
el fuego,
que se anuda al eco de los cráneos
al ruido de los huesos o entre cruces astilladas
(voces de piedra ciegan los túneles
con frías y afiladas lenguas inmóviles).

XVIII

EN el ámbito plomo
de lo que queda, sin saber de cuando,
—como pasquín rasgado o sollozo de vidrio—
se amontona en los párpados
un haz estriado de fugaces vidas,
en el que, libres, corren manzanas de seda,
dulce llanto de círculos, lento y desdibujado,
que desciende a mis dedos rígidos —selvas dormidas—
en una solidez de dunas amarillas,
rotos nervios de cera.

Mis ojos, chorros de sal hermética,
saltan sobre los muslos y los sexos,
oro en espinas, que resbala sobre el color o nombre,

para fugarse en un manojito de azorados límites,
al descanso feliz de la distancia
—archivo en el que oscilan
gotas redondas, partidas y durísimas...

Mil espadas temblando,
—enjutos cuchillos de luna asustada—
giran en torno de una calma virgen
en danza, de iris muertos, olas desnudas
con lirios locos, sin carne ni marfil
como interrogaciones de ceniza o brazos de reloj esclavizado
que, al huir en la órbita de un labio de cristal,
han roto el abanico que abrazó, dulcemente, las pestañas...

XIX

EN las ondas abiertas que devoran las orillas inseguras
en los callaos, que desdibujan un azul opaco
de afirmaciones,
duerme la excitación de un vago musgo,
falsas aguas-vivas de dulzura
de charcos, cabelleras en invierno.

Ese silencio de nubes, cargado de lápidas impenetrables,
vertido desde el cielo
que la dureza del aire lo aplasta,
simula fijamente
un paisaje de grutas. Y ante él
se balancea un principio de burbujas idénticas,
—niñas gemelas, pálidas y aburridas—.

Así, al pensar en la brusquedad de una concha,
con sus simétricas divisiones,
no puedo utilizar el mirafondos,
porque se estrellaría en la distancia brevísima,
y mis ojos
—cristaleras de catedral gótica, fijos y veloces—
se hundirían por esas hendiduras de tortuga
o de arco iris milimetrado,
con una pena tan madura,
que, en su azul espionaje,
arrojarían signo decisivo a la sombra.

XX

AL ascender, redonda, sola blanca,
en mi rota o fugada memoria de siluetas,
lentamente la sombra, no se pisa a sí misma;
va caminando sola, a un compás inquietante,
como torpe cincel, que crea ya su capricho
de yeso indescifrable, una monotonía.

En el iris humano, de dilatado vértice,
que destruye el enigma, en que se hunde la farsa,
fija un mundo de muertes que, de risa,
amenaza romperse tristemente.

Y parece que la montaña flota en el mar,
y en barrancos y valles, apenas se divisa
la arena muerta, que en sus fondos duerme.



Falsa nieve irritante de igualdad desmayada,
de crestas que ya sólo
son espejos de gemebundos mares
que humedecen los cráteres de una tierra
en que sólo el recuerdo del agua es sed amarga
o fuego.

Y las grietas de rojo enmudecido,
en un alarde ignoto de fe de propia lumbre,
son hendidias abiertas a un occidente oculto
o catarata seca de vida que discurre
sin la sangre o calor, que despierta los senos.

En ese afán nacido de buscar tus facciones:
ojos, boca o pestañas de rigidez firmísima,
rompe una sugestión de latentes ideas...

Tu imagen tan redonda sola, blanca,
es un relieve o molde de crisoles vacíos;
difunta mascarilla alucinante
que estremeció las piedras aturcidas...

XXI

EN una trenza de olas, se desliza temblando
la marcha serenísima de los colores fríos,
cabalgan en los grises las caricias peinadas
son el diario —éxodo que aún adormecido
discurre a la vanguardia de campanas y pájaros.

Ya despiertan las aguas de cascadas distintas
que en el atento oído de la roca
son beso familiar o nuevo sino;
la diligente cresta, que dejó su vestido olvidado
en la tarde
lo divisa carmín en la distancia, arrojando su vuelo
a la gracia redonda de visera
media luna de playa, abierta al cielo
donde se arropan olas y rumbos en montones
que guiaron las nubes

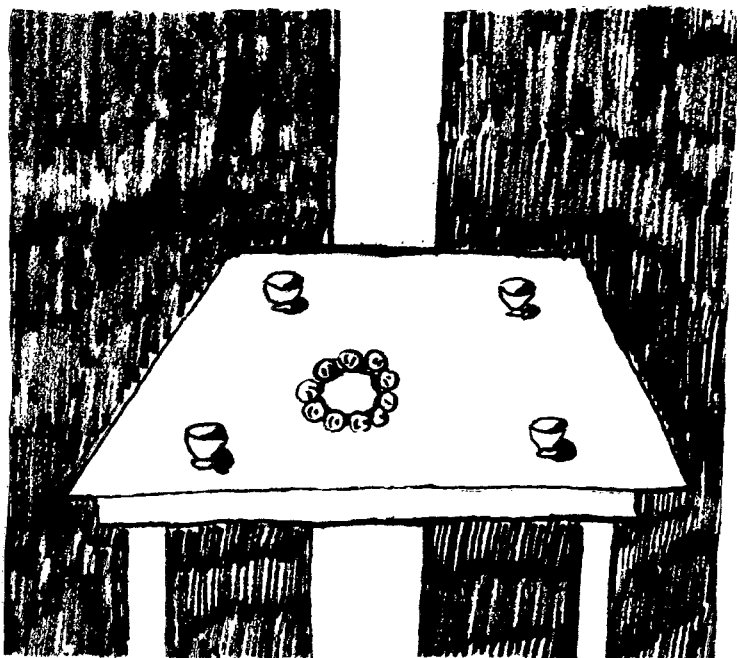
a cumplir su misión de muebles, de cuchillos o de fieras,
ante el guiño —rutina de cristales—
que defendió las proas indecisas.

La nieve trasnochada con su rostro de uva
precipita la huida al beso de los montes,
rompe la tiranía de lo incierto, el oro alborotado
sus cimas.

Una inercia de voces y latidos resbala
entre amapolas y algas que despiertan,
hay un secreto anónimo de noche que se funde
en la tierra feliz de uñas y alas.

Manchas de claridad se afirman en los
ojos perdidos de la sombra.

INTIMO SER



I

L A veleta
da vueltas en el aire
tibio, limpio,
que apuñala mis ojos,
que viene de las montañas
grises, azul-violeta
en ráfagas
a besar claridades
encendidas en los muros absortos,
y el humo ya va lejos
lentamente hacia el mar...

Dentro de esta serenidad
de tarde y fecha
no puedo convencerme
que se fueron
pechos tan jóvenes
como el oro virgen,
para tan sólo
regresar tardíos
en las rotas tinieblas
de un recuerdo.

II

ENTRE polvo ardiendo
y montes que lloran a sus valles, sangre,
árboles, surtidores de cristales
tan vivos como estrellas,
hundidos en sus troncos,
cantan
acero, plomo, hierro, gas fundido,
campanas de ancho vidrio transparente,
lágrimas duras, que se filtran tenues
hasta los últimos cabellos extraviados, y
junto a su sonido,
largos bostezos de las páginas secas y vacías
que duermen...

Lagos plácidos, turbios,
quizás de orines o de rosas frescas
la quieta agua dormida
y entre el sauce y el haya,
un intenso dolor de puerta abierta
que nunca más cerró tras unos pasos.

Los chasquidos de perlas tostadas
en racimos de humo
girando van arriba, dentro de un trueno largo,
de virutas rizadas de sombra
regalando a la luz, anillos leves
hasta un túnel larguísimo de pensamientos negros.

Entre mil rojas zanjas, nació una borla gris,
dos gritos, tres interrogaciones de azucena
y quedó todo igual
reposo de cenizas en el mundo de los sueños metálicos.

Quizás buscaban entre las aguas calientes de suspiros
profundos ojos de llamas sincrónicas
que inesperadamente
baten el aire con columnas negras, u
oro y ocre, carbón
encaje aún virgen que en todo flota como amor difunto.

Solos luna y silencio, temblorosos, juntan sus manos
con fervor de éxtasis.

El reloj amarillo de audaz muerte

empuja los puñales de las horas
sobre cuerpos de pluma, miel o lava.

Y corren, corren todos
cuando sólo tropiezan en su paso
huesos perezosos, sangrientos, helados.

En la tez del camino las locas hierbas
miran con ojos de luciérnaga,
hacen del prado un cielo
sin distancias, ni sol de rutinas manchadas...

Angeles agobiados por un peso de sangre
han roto lirios blancos, —sus espadas de guerra—
lentos, desdibujados, como una niebla clara
van a tientas buscando el dolor en los pechos.

Inútilmente intentan sus voces quedas, dulces,
romper los corazones de asfalto o roca viva.
Abarrotada de signos vacíos,
sin lágrimas ni paz, con la fe hundida
ronda la triste tierra
de hombres abandonados a huesos perdidos
los Siglos.

III

BRISAS muy hondas, al cerebro fijan
mendigos de dolor —labios ausentes...

 Mi capricho encendido
fue leve,
solo,
blanco,
quedó sin fuerzas, dormido en una estrella,
aunque quiso romper los calendarios
empujando los siglos hacia atrás
murió naciendo,
se marchó de día prendido en un brocal de agua muy clara
vacilante, indeciso,
me renovó su adiós de siempre juntos.

IV

... **Y** en la entornada puerta
—dormido—.

Un azul gris que observa pensativo
mi curiosidad rota.

Era mi adiós tan largo
como el deseo de volver a ti...

V

CON una sola mano en alto,
espadas que destrozan las nubes por lo cierto,
con sus brazos de leche,
que, como serpientes yertas
resbalan besando la sangre rota,
amortajada al viento.

Y sus cabezas escuálidas
dudan en el mar las dudas de las olas,
cuando el agua está blanca.
Y acuestan el perfil de no ser nadie
en carnes azotadas de astillas rojas,
con vigor de plomo.

Se extravían las voces torcidas o distantes
y sus alas de acero tembloroso
abaten traiciones, anuncios y pájaros.

Espinas encendidas
clavan mis ojos
frente a las distancias...

VI

A GUA de metal
¿por qué me miras?
si no puedo contarte
lo que ella me ocultó
en sus labios secos.

Agua de metal
¿por qué me miras...

VII

EN el redondo halo de nubes
y reflejos iguales,
tus miembros inútiles de rojo
rompen la sombra del vértice de las puertas;
todo ello me contagia de voces huecas
y neblina verde
de despedidas.

El vapor aeronauta y las chispas curiosas
entre el sonido de los hierros
en que existe el destino
sin despertar al martillo desnudo

que en el espejo de una visera
embozado palpita,
la memoria de todo
está hundida en el vaho redondo
y no acierto
si mis párpados son luz que obedece
o hermetismo.

VIII

EN el silencio del trabajo muerto
las tenazas reposan en el frío
hoy, solamente hoy, por todo el día
sin chillar ni romper el agua turbia en ráfagas
todavía en sus mangos la huella del calor
seguridad de estrellas
y de objetos purísimos
sus sordas dentaduras sin fuego
con los labios abiertos a la canción
o al si, apagado cielo —telaraña inmóvil—
esperando
cenizas, horas, manos,
en las visagras mudas o dormidas.

IX

COMO un rruiseñor
encogido de luz abre sus plumas
en el pliegue salmón de una esponja
tostada,
navegante
en el aire curtido de silencios.

La admiración
gira sus ojos
libres de durísimos baches,
abre sus uñas
en el templado deseo
de las arenas muy blancas.

Iluminando el suelo
con la sombra,
ella,
sóla, sin traje,
con la cascada rota
sobre el hombro
y
el sol arrepentido entre sus párpados.

X

ALLA frente a mi frente
la ladera se inclina con la solicitud
la palmera que niega la dirección del viento
y de la altura al agua
rueda
una erupción de cactus
crispados dedos de manos ocultas;
al fondo
la gruta, ojo de piedra
para enterrar el frío
cuando muere olvidado.

XI

NAVEGACION del cielo desfile indiferente
se proyectan los párpados
en la dura cerviz del paisaje de espaldas
tan cerca, tan profundo
que se respira el vaho de humedad en la yedra
cuando el gusano agita su rizo de inquietud.

Reverbera certero el sexo dibujado
de unos labios dormidos
que enrojecen su límite
en un sol cuyo fin no es sonrisa de círculo.

Escuadrillas de pájaros, que en el prisma son águilas
van repartiendo vuelos a las nubes sin rostro

y preso
entre el deseo o cristal que sorprende
dos brazos que redondos, de pálidos y tibios
resbalan lentamente, rodando a lo Perfecto.

Ya despierta el amor de vidrios y terrazas
que gira entre las manos como secreto morse
que al suspirar la fábrica
es candente erotismo
de humo azul que retorna a su simplicidad
mientras el muslo, nácar que excita la mañana,
se oculta sorprendido, en la demostración
y cruje la madera yacente, propia savia
agobiada de huellas que son acusaciones.

XII

ESTE fuego, que derrite mis sienes fatigadas
quizás luz, que de lejos, viene a mis ojos pura
en azul melancólico de un breve trapo inerte,
forjado de marfil rosas inusitadas de abiertísimos
pétalos,
que flotando en mis venas, como dolor de espuma
deshace la distancia, mordiendo sus latidos, que vive,
en los músculos de hielo ronco y torpe.

Mientras,
absurdo, inerte, yo perdido entre estos viejos cristales,
que siempre me dijeron verdad de hiel y alumbre,
verdad de murmullo de lacre y limón, con mi retina seca

huyendo hacia un segundo loco, que en vertical templado
para acertar, fundido en relámpago muerto,
acaso, en estas manos, llamas de amor en noche,
dejándome su huella en un dolor de párpados abiertos,
abiertísimos,
dentro de aquella carne que en mí mismo,
estaba tan lejana, en un pálido halo de dulce estrella
húmeda,
agitando un tiempo discurrido, sin andar los relojes
sin registrar mis ansias,
sin doblar mi existencia
hilvanando en mis huesos un puñado de años.
Así, dentro de este cálido vivir inerte
no rodó la carreta con fatiga de astro,
no husmeó la vecina mi torre de escamas grises,
no llorarán los sapos, con su garganta de luna prestada
venció un raro silencio de pergamino y polvo.

Solamente en los viejos cristales, rumor de suspiros
breves de pestañas...
sostenían hondísimo, un deseo muy alto,
exacto y absoluto
aquella luz y sombra, que dividía justa
sus dos labios al sol...

XIII

EN las grises paredes del despacho
de una luz tan delgada,
que mis ojos se prenden de la pluma,
concreto el juicio exacto o fija circunstancia
que me rodea, aislando su presencia mi pesar.

Lámpara, cuadro o mesa que vacila,
conservan gembundos,
el suspiro cortado de silencios
acelerado pulso de un cerebro
que se quedó fundido entre dos aguas...

Esta intimidad mía —hermano mío—
¡es tuya, tuya siempre!...

XIV

Si no existieras tú
con esa cinta, solo distante
y en el fondo azul
con las torres,
puentes pesados que hieren tu carrera
no habría cauce, fijo, inapelable
por una línea, sí, solo de espuma
en un día tan blanco
que sin el sol manchar
la cornisa se encuentra como nuevo cristal
de ojos espías,
observando el descenso de las horas
que azotan en la piel plomo aterrado

y el lento discurrir de la brisa amarilla
pone en tus labios un triste gesto
de desesperanza,
tú,
siempre solo el mismo y tan distinto
de dos rayas iguales en reposo.

XV

ME agito
congestionado entre abrir
y cerrar de puertas,
tengo un temblor absurdo de óptica
excitada,
resplandores de llamas
me tuestan los sentidos,
mi cerebro está desierto
en la rota consciencia,
solo
navega el pánico.

Por qué no investigar
entre poleas
una razón sin nudo
que no entiendo?

No esperaré que el traje
vuelva a su posición
ni siquiera que gotas germinen en la sien.

Tomaré decisiones de naipes preparados.

Una inquietante pena
me aburre de colores
la fiebre, no admite dilación
en las orejas que flotan,
he de huir enseguida
encerrado en un templo
hacia los soles altos
sin jugo, ni calor,
necesito
que el llanto deshilyane mis ojos
para fundir la goma en huecos de horizontes.

XVI

SI, se romperá el sol
y su espuma de cenizas en columnas herméticas
lejos, allá, hacia el mar,
los huesos de la tierra saltarán sobre peces,
con dientes de planeta.

Los viejos troncos sucios, el lago, las pasiones,
todo junto y sin límite, para volar mejor.

Un verde desconcierto de perlas y gemidos,
de ondas rojas revueltas de azahar y de saliva,
todo, por verte cerca palpitar
de cintura abajo.

Escóndete, no vibres, siempre tendré la víspera
de la voz, en el hierro de cabellos que abrazan;
vértigo...

Oculto, oculto pronto
tu perfume de aceite cristal o terciopelo,
que reposa en la sombra,
no nació para el viento
ni para los prismáticos
ni para las gaviotas, mariposas de plata.

Desnudo de rodillas hacia arriba
mis ojos son arena, total de un gas que salta...

XVII

SOL de mañana nueva sobre mis azoteas,
en torno de mis ojos, calientes, entreabiertos
de vivir otra vez, luz fija, inalterable
en el cristal ardiendo de las aguas en pecho,
ahora espejo de velas blancas, péndulos casi muertos,
en el desierto azul, donde una voz de viento,
que sacude sus venas, da a las olas que crujen
la vibración del ala.

El pueblo ha despertado tarde,
porque hoy es fiesta, y apenas si distingo
los rumores de vida, de aquí, de donde siempre
me rodean los sueños, más despierto que nunca,
en tensión vigilante, acechando mi angustia
con una fecha ingrata, acaso como olvido

de un cariño latente, algo que siempre en todo,
no es un olvido más.

Y observar mis pestañas llenas de mar temprano,
este día de Enero —Invierno, blanco el sol.

Son las diez y palpita entre mis pensamientos
uno frío y redondo que me hierve en la mano,
aquí junto a la frente, encerrada en mis dedos;
pensar en ese día, cuando la verde hierba
dio al aire sus cabellos en un principio, vida
que destruyó el silencio rompiendo en alegrías
de bosques y de ríos, para ser en nosotros
lágrimas, hielo en gotas de sudor permanente,
de lucha entre el deseo y ese fin que se oculta
en el espacio límite de nuestro escrutar ciego.

Yo quisiera algún día con mis labios torpísimos
y mis ojos helados en quietud de cristal,
beber sediento luz, quemarme las entrañas,
los nervios, los cabellos en tu oculto secreto
y despertar, ausente y olvidado, de este vivo dolor
de tierra inmensa.

XVIII

DE carmines se tiñe el viento cuando llora;
son los rumbos viajeros en el espacio roto,
rumores que me llegan de todos los rincones,
envueltos en un ruido de metales...

Y no sé si el color son mis ojos que saltan
buscando en las campanas, una soledad nueva,
cuando vienen sus voces a colgarse en mi oído,
y las nubes remotas —una sombra abrazada,
una sombra abrazada confundida con otra,
como hermanas gemelas;
lejos ya las siluetas de las palmas en vilo,
a tornasol medidas como extraños fantasmas,
augurando al sonido un resplandor lejano,
devenir entre llamas y final luto impávido.

Se disuelve el color, el monte es sólo bruma,
se quiebra el horizonte entre grises gaviotas,
que desfilan pausadas como voces de plata.

Ya sólo el pensamiento vuela sobre el espacio,
eco tan conocido por la viajera estrella,
que se viste en los rayos de un arco iris tenue,
que al despertar sorprende temblorosas pestañas
de todos los reflejos que se miran atónitos...

Hay un momento acero—gris que en el alma tiembla
melancólico humo, ceniza florecida
un puñado de brisa que transporta una voz,
llevándola escondida a besarle los labios
en una orilla inédita,
donde se ven los rostros todas las muertes juntas
en el fondo de un límite que es sueño
entre los nombres...

Ya la cumbre absoluta de la torre ha cesado,
cambiaron de riberas la sonrisa y el pánico,
la oración se desgrana, el trabajo se esconde;
un silencio de hierro corta el olvido incógnito.

XIX

No te acerques,
espera que los atardeceres se claven puñales,
que hagan rodar tus cabezas por la oscuridad.

No encerraré tus pueblos en mis ojos,
los dejaré que duerman
en gotas violetas o azul-gris.

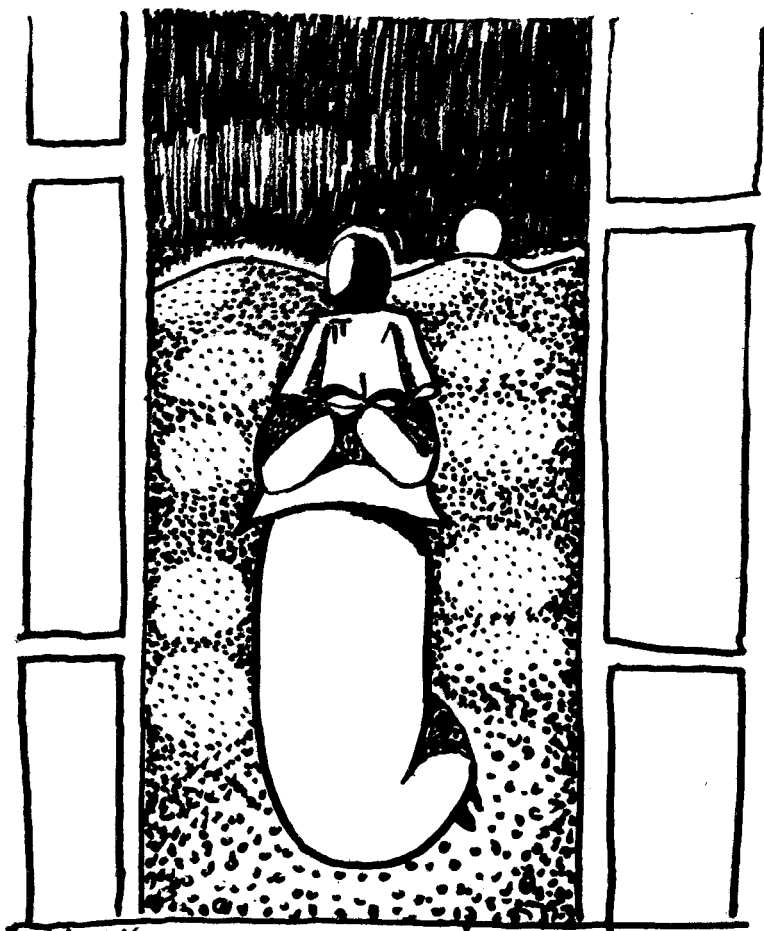
Aquella vela, arrugada y sin ruta,
te la regalaré para tu noche...

De la cuna del valle se ha ausentado la hora,
ya sólo eres silueta de color mutilado,
diestramente escondido por las tiras
de desgarrada nieve, que amortaja la niebla
en una procesión de carmines de ala.

¡Qué inútil el sudor, la yedra, el viento
ante esa placidez de extremidades
que regresan al mar después del día,
qué rubores de luz extraviada
en un genial placer de escamas suaves!

Sólo queda una nube,
escuálido avión sin fijo rumbo,
hueca espina que flota como dorada miel
o humo atrasado;
es un segundo inútil, lo que existe de cielo
o diferencia con la tierra mortal
fundido entre la torre y el cristal que despierta.

AUSENCIA



Carolina de Vitor



I

TU marcha, sí tu marcha
hacia el horizonte quebrado en luto
como mi alma entera.

En lo alto flotaba tu pañuelo.
Un pañuelo de espumas, ya invisible sobre la luz
que dejó mi silencio envuelto en carne palpitante y tierna.
Dulce pétalo ahogado, en lágrima caliente no nacida.

¿Por qué el adiós,
si son todas las sombras, como mañana
en esta misma hora, o en esta misma hora
cualquier día?

Acaso interiormente sea espejismo, pero ¡qué luz
desciende todavía a mi juicio entreabierto!



Copa dulce, llena de gritos, manchas y preguntas,
preguntas torpes de escolar dormido y que se
sobresalta de los timbres, de las campanillas,
de las voces.

Pero, ¿por qué se fue?
Y al acertar su frente, ya está lejos su luz
y un vestido revuela entre los cabos y los vientos.

Sus manos luminosas, a tientas, en la noche,
van encendiendo planetas y enlutando montañas,
mientras las olas sospechosas, se hacen oscuro
suspiro de admiración sincera.

Y sin embargo, cómo quedan sobre mi sangre,
rápidas, estas gotas calientes de la espera,
céntimo, de millones de incertidumbres,
en mis venas azules palpitando.

¡Oh seca fuente ya de lo imposible!

¿Cuándo tu agua volverá a ser mía?

Puertos perdidos, apagadas piedras
frío susurro de mi paso en llanto,
mástiles, dedos de protesta alzados;
queda todo en espera, quizá de nuevo alba
y detrás
mi ciudad arrepentida en la fosforescencia de sus ojos

dice adiós, otra vez; cierra la puerta
y quedo impar para siempre y como nunca.

Ciego absoluto me sentí desierto y en mi voz
tembló ronco su semblante como el eco de un grito
bajo mis párpados, amordazado con su pañuelo ausente.

¡Préstame cristal noble tus destellos,
quiero seguir su marcha
unos minutos más dentro de ella!

II

LA luz agonizó, haciendo sombra de puñal
los verticales dormidos.

Y no pasé.

Mis ojos temblaron como la mar estremecida
bajo el sol, porque supe su marcha.

Huyó feliz, olvidando mis entrañas,
como un pañuelo azul o un abanico,
quizá como la campanada de un reloj cualquiera;
cuando todo, absoluto, yo mismo, estaba allí
sin ningún espejo que me dijera:
Eres tú.

Por eso no fui presencia, ni me gritaron:
¡Adiós!

No quisieron conocerme, pensaron:
Está dormido y no se despertará,
tendrá algún viejo libro colgando de sus manos
y la luz apagada.

Pasaron muy aprisa sin mirar,
porque era firme sombra
mi suspiro o mi entraña.

Sin vida entre los párpados
soñaba con paisajes de muchas lunas
y de muchos muertos;
de ensangrentadas niñas bailando dulcemente,
unidas todas por sus cabellos rojos.

Soñaba con silencios y preguntas,
verdes hojas de trébol,
con la quilla de un buque que me volvió la espalda,
arrojando al espacio gotas de ausencia plena.

Después, un temblor fijo que invade mi ser todo,
en la luz de una lágrima, extrañamente oculta,
que pesa en mi garganta como una estrella muerta.
Es marcha, amor, olvido, desprecio. Todo junto.

III

MI voz, tenía en la noche
ronquera violeta de relámpago inédito;
caminaba con paso demente mordiendo las aceras
largas y grises, como vigas abrasadas;
con la cabeza hundida entre los hombros,
bajo las caderas, bajos las piernas;
un vino humilde y rojo era mi mando.

Miraba con ojos de pez sobre piedra
la calle en huida, repleta de mi peso caliente.
Ahora soy así yo, porque está lejos,
un trapo ennegrecido por hollines nocturnos,
unos ojos para hervir en el sol que los muerde.

Y tiemblo,
como un pulso rendido
como la ceniza que cuelga
como sangre inculta de un volcán despierto.

Y quisiera ser de ella
sólo como una gota de transparente aceite
que rodara a lo largo de las venas del cielo
hasta sus manos;
quizá menos aún
un grano de arena, que no moleste
su calzado pie de ángel,
quizá, quizá
un insecto dormido entre las ramas sombrías
de su cabello en noche.

Ahora soy así yo, porque ella falta:
Extraño ser viviente entre los seres,
que busca por las nubes una piedra,
un cometa o paloma desnuda
que me hagan meditar profundamente.
¡Sin ella seré ahora,
un dolor de cristal que espera ardiendo!

IV

RECLAMO con angustia el hueco vivo
de clamorosa luz,
en esta inmensa noche con voz de infierno
y de destino ácido,
sin hallar el espejo que refleje su imagen,
siquiera sean sus transparentes uñas
de nácar atónito —medias lunas en beso—
que en mis manos temblaban como menudos
e inquietantes roedores;
mientras sus ojos vestidos de piedad
con luz indescifrable, verde, fría e inconcreta,
me contemplaban fijos, ya siempre sin olvido,
como el nombre de un muerto a quien amamos.

Hasta hoy que me gimen
sus abrazos ausentes,
sus besos doloridos
su yo total, siempre imperfecto y simple.

Tres fillos inertes desde arriba en brillo
hicieron de esto —que acaso sea corazón—
redonda lira roja, donde ruedan mis versos,
como angustiadas llamas en un glaciar desnudo
o deseo de tigre solitario en la selva.

Se deshojan los días sobre mi pobre piel
como dardos agudos martirizándome,
sus llagas —cavidad, embudo, mina o abismo—
estremecen mis brazos anhelosos
de aquello que nunca tendrán más...

¡Son como viejos locos columpiando el recuerdo!

V

Es mi dolor tan hondo como el eco de un pozo
que tardara mil fechas en devolver la voz;
pozo, en que estrellas tímidas bañaran sus siluetas
haciendo luz, flor viva,
su infinita distancia.

Hoy le pregunto al viento,
que corre y no me escucha,
al sol, que continúa inmutable, altanero,
abrasando mi espera con su llama redonda;
las yerbas más humildes me miran apenándose
de este inquirir tenaz,
y sus quedas respuestas son un grave, jugoso,
resignado silencio.

Y dejo que el ensueño cabalgue en mi conciencia:
Acaso es un futuro su ventana,
hueco donde su fresca luz era presente,
abra nuevo reloj en nuevo día...

Mi espera azul y blanca, humo roto en las piedras,
será presente real, vivo retorno
o inexorable tierra que destruya las horas y los siglos,
separando tus labios apretados, separando tu sangre
—que junta ahora te clama—,
y se deslice ingrávida hasta quebrar tus ojos...

Todo ello sólo es, sombra, frío suspiro,
cruel aldabonazo en mi memoria tensa...

VI

S OLO sé
que plomo agobia mis ojos porque estás ausente,
que mi garganta es volcán estéril
sin el agua fresca de tu lejano beso;
que mis ideas rotas
sólo existen en ámbitos húmedos, tristes, grises
tal un rincón cualquiera de viejo camposanto.

Mis latidos —espumas de acres mares hirvientes—
azotan mis sienes vencidas en esta siempre noche,
—recia noche insistente—.

Que mis lágrimas son (no son siquiera lágrimas)
simples surcos vacíos —seca carne cansada—
por donde ellas pasaron.

Ya no puedo esperar entre estas horas
rígidas como enlutada fila de difuntos idénticos.
Que quiero verte ahora:
completa, exacta, justa, abriéndome los brazos,
tibios y leves como lluvia al sol,
y después desgarrar este nudo de abismo,
este tormento de mis arterias,
de brisa sin rumbo,
de nube quietísima,
de pájaro muerto.

Que aunque no estés,
estoy siempre contigo,
viéndote reflejada
en las luces sin nombre, en los caminos desiertos,
en los ojos de todos los seres terrenales
y en los ángeles vivos, que ensueño cuando sueño...

Y a seguir, a seguir
esta ruta de piedra redondísima, sin dónde ni hasta cuándo,
o alguien que ahora me diga:
Ese es el fin, avanza.

VII

SEGURAMENTE

sería aquel dos de Febrero
cuando la tierra yerta se durmió sobre el mar,
olvidada de noches y lluvias,
de todos sus hijos que agonizaban fatigosamente.
El amor se extravió, como polvo amarillo
en el pecho sediento de un sendero cualquiera;
—orgullosa e inerte— con silencio de casa vacía.

Y mil pájaros, cantaron aturdidos desafinados
de inútil esperar el nuevo día ofrecido;
lloraron las ramas con dolor de bandera al viento,
mientras las palmeras dejaron caer su último fruto dulce.
Entonces quedé solo —ya sin ti—.

¡Oh lírica hecatombe, que llega inesperada
a enterrarme en desdicha!

Si fuera cierto, cierto
que el morir nos anula,
yo quisiera morir en un dos de Febrero,
cuando la tierra yerta se duerma sobre el mar;
así mi corazón gozará vida plena
en inútil ceniza, perla, fin...

VIII

CAMINO estas sendas, desoladas, frías,
sigo unos pasos lejanos, presentidos
para marchar al goce de tu sol nuevo y blanco;
sol tuyo, inimitable, que luce entre mis ojos
como inerte silueta de un futuro imposible.

No puedo, no, esconderme en las grutas del mar,
ni entre piedras sordísimas de pardo cementerio
o en los brazos rendidos de un sueño atormentado.

Huir, huir en larga vertical desconocida
más allá de los cielos tan sencillos y azules
y de esta tierra hambrienta de mi sangre y mi cal.

Allí donde tus manos —margaritas de carne—
me estrechan sin temor a los ojos que acechan,
a bocas inundadas de veneno consciente.

Y siempre estar lejano, fuera de cuanto existe;
en los ojos de un muerto, en el fácil reposo
de un planeta olvidado;
donde llamas agudas cieguen este presente,
donde manos de arcángeles presten a mis sentidos
colores fuertes, nuevos, audaces, luminosos
y derritan sus voces, mi ayer, mi hoy, mi siempre;
destino amargo y duro, como dura retama.

¡Vivir este tan mío,
tan hondo
tan oscuro
tan sin fecha!

IX

RECUERDO. Olvido. Sombra.
Poemas de mi mente. Sueño estéril,
lodo maravilloso del espectro de un alma
que vacila.

¿Qué importa que las horas nos hundan
en sus senos,
si la viva memoria nos ayuda y no duerme?

Nada podrá nublar-me aquel espejo rígido
que dibujaba esbelta su silueta de palma,
y el reloj donde sus ojos buscaban los segundos
—ahogados—, desgranándolos entre labios y vino;
haciendo de mi vida, una mano enfundada en fresca seda.

No, nada podrá robarme su recuerdo,
aunque se ausenten las nubes en masa
dejando mis pulmones secos y miserables;
siempre serán sus brazos los que apaguen mi frío.

No, nadie podrá quebrar este recuerdo,
ni la muerte siquiera, con sus manos de olvido,
con sus uñas de sombra
y sus ojos de sueño gris que hunde.

Ella pervivirá dentro de mí
como luna en el mar, flotante y quieta,
blanca, desnuda, dulce.
Los dos seremos uno. Más allá...

Buscaré en el espacio eternidad en pétalos
para secar sus lágrimas de ayer.



X

ANSIABA encerrar en mi mano
aquella cinta gris de hondísimo camino,
que terminaba siempre en muralla de cielo.
No sabía cual era su fin ni su principio;
presentía ecos de pasos silenciosos.
Su ausencia discurría
con suavidad de aguja en aceite,
de piel en agua,
de nieve en aire.

Avancé a tientas, con mis ojos ciegos,
buscando asirme de sus manos frías;
y ella estaba distante, tan distante
que las blancas estrellas del ocaso
dormían en sus hombros de horizonte.

Envidié a las palomas y a las águilas
y hasta el ronco rumor del abejorro;
necesitaba algo,
cauce, luz, mar o viento
que fuera tan veloz, como hálito de muerte;
quisiera aquel instante vaciar todo mi cuerpo,
extraer mis entrañas, mis venas, mis pulmones,
para flotar y rápido, seguir su fin de ausencia;
allá donde el mar se esconde en beso amargo,
basaltos, sombras, ecos con aterrado sol
que hierva entre las piedras, haciendo extraño gas
esta firme corteza de nuestra tierra, madre gemebunda,
forjada de dolor y tensa angustia.

¡Oh madre gigantesca! Deja hundirme en tu pecho,
necesito asilarme en un lejano olvido
que encierre mi deseo en una brisa ausente.

XI

No sé por qué un día fuiste en mi presente.
No sé por qué tus ojos, tan cerca y fijos.
fueron latidos de alba inesperada;
temblor intenso que mordió mis venas,
acaso llaga, dolor, fiebre, llanto.

Quisiera hacer «entonces» este «ahora»,
desfile mudo con pasión de piedra;
cegado túnel mi garganta en sombra,
total oscilación de huesos frágiles,
voz colgada o gemido extraviado.

Si estas líneas pudieran ser prodigio,

sueño hipnótico, magia
que hicieran realidad pasadas horas
de seda, espejo y luz inolvidables;
volvería a mi fe, ya siempre para siempre,
por aquel día, para tantos igual y en mí distinto;
—hoja loca, brevísima de un calendario en sueños,
tiempo de aquella fecha:
gozo de espuma sin postrar olvido.

Quisiera regresar, volver a ser de nuevo,
pero... sin corazón;
mineral, cosa, planta,
simple brisa, luminosa arena o color de un pañuelo,
que gozo, sufrimiento, amor y odio
fueran huecas palabras en mi sino.

¡Quién pudiera romperse plenamente
como una gota con dolor de estrella!

XII

¡QUIEN lograra guardar entre los párpados,
fuerza bastante para romper las noches,
fulminar águilas, apagar estrellas,
para dormir almas y distancias,
para apresar un corazón que nos vuelve la espalda
silenciosamente!

Quisiera que mis manos fuesen seguras
a buscar las tuyas;
aunque la lejanía se contara por millas infinitas,
como gotas de mar lejano y prieto.

Entre su nombre y yo la voz del agua.
Si mi deseo pudiera ser distancia,

confín de otro confín
y el mundo estrecho entre mis manos rígidas,
dentro la buscaría, lo mismo en la dureza de la piedra
que en el suave llorar del fresco musgo.

Tal es mi afán, que sólo por su aliento,
es hoy mi entraña vida,
mi cuerpo hombre.

Isla lejana que la vista alumbras,
viento blanco que mece sus cabellos
en el sol cobre de la luz fundida,
sopla una gota sola de brisa a mi destino,
para febril ausente, deshojar los recuerdos...

XIII

ESTE mar —luz de plomo que me guiña los ojos—
y frente a mí—sereno—, ahoga mis angustias,
exprimió su secreto, tenue en mi atento oído:
Se ha marchado, no vuelve, llora su ausencia,
es límite de todos los espacios. .

Llanto genial, absurdo, que deshace las piedras,
que se surte en mis ojos —amapolas hirviendo—,
en un sol crepitante, como monstruoso grano
que deja su voz hueca entre dos nubes sordas...

Ya sé por qué las flores no despiertan en llama,
por qué las brisas locas se desgarran en gritos roncós,
donde caen las fechas, las horas y las lunas,

sin oír cómo mueren sin que sus cuerpos choquen:
contra un ciego infinito que parece murmura:

«No está, no está, no está».

Quisiera ver nacido algo como reloj,
que midiera su ausencia,
para hallar las distancias entre el hielo y el sol,
entre su marcha y mi tenaz espera;
comparar entre mi sueño y su suspiro...

¡Oh locura de hierro destemplado,
déjame descansar!
No agites más los pájaros y las luces sin número,
vuélcame entre tinieblas, impar, perdido, sombra;
no me hagas ver más cielos ni miradas, ni voces;
soy como una bandera, sin brisa ni color;
como una gaviota dormida, como una fábrica desierta;
un dolor quieto...

Si no vuelve, en su ausencia morirán mis amores,
en un sepelio lírico enterraré los restos,
entre sus manos rígidas, dos gardenias vacías.

Unos ojos de mármol, un beso y una cruz...

XIV

LA niebla se ha encerrado en su mirada,
mi hermético tormento es ya una exactitud,
algo que no se pulsa, como el gas de las almas que extinguido
se evade donde duerme el silencio,
en una espesa gelatina azul,
rompiendo aquello que me hice esperanza,
propósito deseo, necesidad más bien.

Pensar que como el fuego
se apagan los futuros,
que en mí flotaron lentos, como tristes vilanos;
destrucción decisiva, luces, noches, razón.

Ya se extravió mi hoy, entre las tensas nubes

me confunde la sombra, me cerca, me elimina;
deja sol de oro-oriente que repita su sombra,
que recuerde el calor que tenían sus ojos,
que conteste la honda llamada de su carne.

Sí, esperaré, hasta romper mi entraña,
en una campanada de sangre, gris y fría.

Volveré a ser espera, una total espera
sin espejo, ni hora, no sabré de mi muerte;
búscame, estaré así como ahora soy,
o seré simplemente el beso de tu beso.

XV

L UCHAR, luchar,
pero mis pies vacíos
no resisten siquiera la voz de una semilla,
no tienen: campo, hueco, senda, destino, fin.

Y esta espada de sueños en mis manos,
se quiebra como un soplo;
hoja seca es mi fuerza que descende implacable,
en una austera calma, como la calma de un templo vacío
donde el eco es sonido que domina y aplasta.

Precaria inercia, inútil,
estos mis movimientos de galápago y topo,
quizás en otras fechas decisión absoluta.

¡Quién pudiera buscarlos entre fines y siglos
en el fondo de aquello, que es recuerdo y dolor.

.....
Esperar; esperar,
una hora, un calendario,
implacable temblor con latido de ausencia,
que hunde su decisión en la vida que flota.

Así letras y nombres suenan a hueco humo
y mi vida será un rumbo desquiciado
que perdió su calor en una estrella lívida.

XVI

TODO es en mí total indiferencia.
Espíritu de nieve sobre mis ojos.
Barro, inútil escoria aflorada en mi ser.

Y sin embargo, la Vida es Vida,
porque presta a mi oído
todo sus movimientos;
porque un sol blanco dibuja en mi frente
surcos de luz extraña que se adentra
filtrándose hasta mi última uña;
—misterios de interior que yo sólo conozco—
plena muerte en fanal que guardo ante la vista
de cuantos me rodean,

con el cuidado de valiosa joya,
como a un niño dormido, palpitando en mis brazos.

Así llevo mi muerte. Una muerte de espinas,
a quien nadie vio el rostro,
porque era sólo mío el dolor de su sombra,
desde aquella hora exacta en que su ausencia
fue cierta en trozos de pisadas leves
que alejaban su beso de mi beso,
su aliento de mi aliento...

Y su voz me decía:
mañana, sí, mañana...

Una mañana, dormido sobre una estrella vieja,
que sólo existirá en mi pulso de broce,
como una campanada perdida entre las luces.

Un adiós sin regreso —viaje a muerte pura—
a esa muerte que llevo en mis brazos viviendo,
a quien nadie vio el rostro,
porque la sombra sola tiene perfil de olvido.

XVII

PORQUE el sino es el sino
como el mar es el mar y el viento es viento,
nada regresará.

En mis ojos dibuja esta torre de siempre
una mancha más gris a mis sentidos,
que todo lo destruye, saltando sus cenizas.

No he de dejar un ápice, una coma, un suspiro,
porque es fuerza romperlo con la energía
de una mano ahogada, que se aprieta en el aire
persiguiendo una estrella, una voz, un anhelo;
una mirada que responda a la Vida...

Así he de destruir y olvidar todo;
no buscar entre páginas, blancas, tristes,
vacías, huecas, sordas,
como voces de muerto, perdidas en húmedo rincón;
quizás como de extrañas ramas en una selva apagada,
aguas dementes que me hicieron ciego.

Todo caerá en olvido, deshecho en mil astillas,
roto su corazón de absurda espuma roja,
que quise hacer de carne con torpeza de niño.

Ya no volveré a hundirme en su azul cuerpo
de luna húmeda y dulce.

Y soñaré... ser justo.

Brotarán de mis manos luceros y azucenas
blancas notas redondas, de un recuerdo fugado.

Así serás, Ausencia, como un grito en las piedras...

XVIII

EN los húmedos bordes del silencio
hallé un puñal de plata
signo de mi dolor.

Ya sé que las nubes sacudirán toda su ira
en mi cabeza.

Sé que los mares tratarán de mecerme
en su fondo de espejo, como a un niño llorando.
Y seré una desdicha, una plena desdicha,
viviendo como un topo lento, ciego e ingenuo.
Contemplar solamente sin ver nada,
escuchar sin oír,
velar soñando,

interpretar las cosas sin sentido
creyendo que los siglos son estrellas;
el viento calma, y la vejez sonrisa.

Así todo confuso y confundido
será dulzura virgen mi existencia,
podré gozar a sombras
y huracanes
y despertar más tarde en otra orilla,
en un mundo de calma inextinguible.

XIX

EN las noches sin oídos,
cuando pierde la ruta su verdadero nombre,
ciego, vacilo en busca de su cuerpo,
porque sé que su cuerpo late y quiero llevarle
el calor de mis manos, que arden como dos llamas,
tal lámparas votivas lejanas o imposibles,
a rozar como un soplo su rostro que, sereno,
descansa inútilmente entre sueños y sombras.

¡Qué dicha! ¡Qué demencia!

¡Qué luminar eterno el solo pensamiento
de al fin, poder llegar el aire de mis besos a besarla!

Y después aspirar, aspirar con ternura,
con afán, con desespero horrible
la diminuta burbuja que salió de su pecho
transparente, invisible, perfumado vilano.

Mujer: ¿Qué aguja clavaste en mis venas
que la sangre ha brotado sin físico dolor,
como una fuente de fresca, clara e inesperada agua?

Yo quisiera llevarle estos alientos
que nuevos siempre, me rotazan vivos,
como peces inquietos en su charco olvidados,
como niños que juegan con palomas
como emoción en lágrimas abiertas.

Yo te silenciaré mi dolor quieto, erguido
tal ídolo de piedra, al que contemplo atónito
yo mismo, sin darme exacta cuenta
que es mi propio dolor, siempre posible.

Y para ti tendré una nueva sonrisa,
que rompa el ala negra de mi sino de hieles.

XX

QUE turbio han padecido mis ojos largas fechas.
A veces, fue la sombra que cegó la distancia.
otras por la ocasión, la voluntad, el instante.

Perdido en el sentir de un compás extraviado,
volver, y para siempre trazar ya decidido,
dulces rayas de angustia tierna;
como un puño de espuma que rápido descende,
como el ojo de un pez dormido entre la arena,
como unos labios después de inerte beso.

Y volveré a escuchar —pasivamente—
voces, normas, proyectos...
Pero he de huirles y buscar sólo en mi corazón,

casi cerca de mí, casi dentro de mí;
llaga abierta en extertor final,
como manos en espera de gracia,
como un cráter de carne.

Viviré vigilante, observándome atento
en la dulzura roja de todas mis arterias,
que en exacto murmullo me delatan los días,
con ritmo de caricia, de enferma y vieja madre.

Pediré la verdad, concreta, lisa,
como la piel de un tigre,
como la voz de un ángel,
como una simple y redonda piedra blanca...

Así será mi vida, luz y brisa;
un esperar eterno, entre estas dos azules
que hacen linde en mis ojos
frente a frente,
hundidos en mis párpados, con el peso de un sueño;
hasta que «algo» se escape de mis últimas uñas,
volviendo hacia otros climas,
donde los hombres amen,
donde la luz se rompe en un exacto gas,
allá, donde los besos sean deshecha niebla,
y la carne se olvide de vivir palpitante...

XXI

Y ahora vivo su ausencia en este sueño:
Viene, regresa, sus pisadas tornan
a ser jardín en mis idilios rotos.

Sus ojos vuelven otra vez al llanto
—discursos ríos con color de estrella—
así; roto el afán, la espera rota;
es ya presente; acaso una tortura
pensar, obrar como deviene el viento,
hacer de sus pupilas un espacio
limpio, feliz, brillante
como gasa o aliento, donde encerrar
mi pena.

Ya no importa que la vida se quiebre
lentamente,
ni que haya mil difuntos, en un rincón sin nombre
con la sonrisa de todos los que escuchan
la vida sin oír.

Bucear sin reparo de ser fiebre
o ser cálculo.
Que mi carne de mundo constituya una nota desconocida,
sí, pero feliz.

Presencia, en fin, presencia,
amor que vuelve hielo un pasado angustioso,
tic-tac de nueva luna;
y tener horizonte en todas las miradas
y vivir enclelado como una brisa más.

De nuevo estoy enfrente de mi ruta perdida,
que se ofrece a mis manos, como una rama en flor,
haz vivo, fin de espejo reflejado en el aire
que silueta sus brazos como unas alas tersas
portadoras de aliento, anhelosas de sol.

Tiempo, cristal, amigo
tendrán ahora su nombre;
el mío se quedó colgado de las luces.

VIENTO O MUERTE



I

¡A y dolor que vacías mis más íntimos vasos!
¿Por qué atenzas mi alma con tu mano de lumbre,
y haces pavesa gris de todo mi deseo?

De la luz que busco.
Del amor que, lejano, me dice un adiós triste.

Afilas, dolor, en mí tus aristas de llanto
y tu puñal agudo se hince en mi pecho
para dejarme vivir, ya solo en tu camino;
en tu camino solo, de espinas y nubes azotadas
de ceniza húmeda, de gemido eterno.
¡Oh, no claves mi cuerpo a tu destino!
Y levanta tu mano, que me pesa en el hombro
como el ataúd de una madre joven;

apaga el rayo de sombra que hizo de mi alma
lágrima indecisa, que al fin rodó
como sangre despeñada.

Quiero huir y escupirte en ese triste rostro
con violenta alegría que inesperadamente
abra y cierre sus brazos, como una araña herida,
y estoy atado a tu mandato siempre.

No me viertas tu hálito en mis pasos sin eco,
en mi pecho sin brisa,
en mi lengua, que busca saliva inútilmente.

Valor, da rumbo nuevo hacia la nueva tierra,
iza la vela sólida del gozo eternamente,
rinde a tu mano blanca las tenebrosas olas,
con el viento a la espalda, ya no azota la lumbre
en tu ruta de oro, en tus brazos de calma.
Te suplico tu risa, tu músculo y tu espera;
dámelos, como frutos colgados que las piedras
no alcancen.

¡Qué inútil requerirte, valor que nunca llegas!
Y me dejas la angustia, con su espina de llamas
del absoluto infierno,
mientras la muerte amiga, acaricia mi sien
peinando mis cabellos, mirándome a los ojos
como a una novia enferma;
—pan sin brisas, sin amor, sin beso—;
ni siquiera apellido, valor, nunca me diste.

II

DESIERTO, sí, desierto el tiempo
en que yo vivo;
un inmenso amarillo —el charco de mi vida—,
todo en ella se refleja con luz de metal frío,
una angustia redonda va vencida en sus olas
indicios silenciosos de existir apagado,
tímidas pinceladas de cuadros imprecisos.
Simplemente eso sólo.

No hay una recta firme que conduzca
a los pies caminantes a un oasis de frescura,
a través de las sendas, ronda un caos demente.
Translúcidos sonidos de olvidados arpegios,

arrojan armonías de encendida desdicha
sobre mi pobre sueño que cruza tembloroso
asustado, como un niño perdido, acaso ciego.

Sueño de mi esperanza —rosa gris desahuciada—
ser moribundo o gota que vacila
tan sólo sostenida por un solo cabello;
quizás algo más frágil
flotante nieve en un soplo levísimo.

¿Cómo romper el Tiempo?

Acaso a martillazos en sus sienes de olvido
o en su voz tenebrosa de siglos y recuerdos.
Qué pena siento ahora, no poder estrecharlo
para hacerlo presente, e inmutables quedaron
la flor, la fecha, el nombre.

III

QUIERO hacer un borrón en esta tarde,
quiero dejar escrita una nota en las nubes,
extraer de mi sangre el más rojo latido,
prisionero del aire en roce leve.

Quiero ver en el negro resplandor de una ola,
un seno dulce y triste que se ofrezca a mis labios,
y en el fondo asustado de unos ojos blanquísimos,
la hora exacta certera de estos senderos rotos.

Quiero que el pensamiento cese de su extravío,
y este duro espionaje de mente escrutadora
vuelva a su cauce fijo de suspiro encontrado.

Quiero que de las llamas que disfrazan las torres
surja una rosa blanca que señale el final,
que unos párpados firmes encierren en su sueño
éste ahora de barro de un mentido cariño.
Poder en un segundo de víspera redonda,
forjar en el espacio una caricia íntima
que de estrechos abrazos
sea la luz de otra luz
o beso de otro beso,
como la voz del agua, toda igual.

Quiero que las montañas saluden en su pecho
un sol viejo de bronce,
que les devuelva, sí, el trepidar alegre
y los pájaros duerman con las estrellas
fijas en sus plumas
y los troncos no filtren más pena de la Tierra,
sangre, tan sólo,
en la marcha continua del día a otra existencia.

Que no lleve la Muerte, sobre su espalda en hueso
más vidas que devuelvan sus tributos al polvo,
que se rompa la angustia
como la espuma en un suelo caliente...

Quiero dejar un puño de mis lágrimas
en este vacilar que me atormenta.

IV

¡Mundo vacilante para siempre!
¡Mis ideas llorando como niñas hambrientas!
Y en este caos de sombra que es la vida en combate,
va pasando hoja a hoja —esclava de su ritmo—
la juventud que un día me miró sonriente,
como primera novia en el primer encuentro...

He seguido mi ruta sin acertar su ruta,
aunque la clave tuve bajo mis ojos rotos.
Así cuando mis manos se llenaban ansiosas
con algo semejante a un volumen de dicha,
resbalaba en sollozos, porque lo asido era
un gesto, una sonrisa, nacidos de unos labios
que nunca fueron míos; tras un viejo destello

siguieron frío viaje;
lo que creía mío, fue otra vez nuevo adiós...

¿Hasta cuándo la espero?

¿Hasta cuándo mis pasos seguirán torpemente
buscando rutas nuevas?

Sólo sé que mi mente es torpe en el espacio,
como suspiro último de pájaro que muere
y es deshecha ceniza sus prietas alas jóvenes...

Al fin yo seré fin como cualquier guarismo
que perece asfixiado en el centro de un cálculo,
quizá como viajero que en la estación de término,
se apeó en el vacío...

Y tú no habrás llegado, dormirás todavía.
¡Dicha que te esperaba y sin embargo faltas!

V

¿DÓNDE duermen espera, tus resortes pacíficos?
¿En qué bruma me escondes el ritmo necesario
que lentamente deshílvane el tiempo?

¿Dónde estás dicha con tu nombre corto?
¿Dónde tus cuatro letras que pronuncio
y tan sólo valor de letras tiene?

¿Por qué no dejas en mi sentir pleno,
una gota sola del caliente rocío de tu hogar
que es dulzura de miel blanca?

¿Por qué a mi vida no das cauce,
calor, ánimo, sombra, para poder luchar
sin el desmayo, sin el atrás o el alto del que teme?

Difunto soy, y triunfo de la Muerte
en mi propia existencia.

Vivo como la hoja de un puntual almanaque
que todas las mañanas se arranca y nace nueva,
con el mismo rigor, sin disculpa posible,
sin poder señalar un número ya siempre.
Ser quince o veintidós, martes y Enero...

Vivo hueco, evadido, sin luz ni fijo nombre.
Es acaso mi alma el legado de un loco,
quizá la consecuencia de un ermitaño asceta
que vivió para el mundo en un bosque de éxtasis
hablando a Dios muy quedo como un íntimo Ángel.

Yo mismo me confundo:
¿Seré mártir, canalla, héroe o podredumbre?
¡Algunas veces pienso que ni siquiera soy!

Desdicha de mi dicha, inseparable amante
que sigues como estrella a su órbita,
como el humo a la llama que agoniza.
Arranca de mis ojos esas manos de noche,
quiero vivir al sol con el pecho despierto,
con los ojos cerrados, y dentro, mi dolor.
Ser feliz entre toda la multitud que abraza
vida o placer vacío que jamás les abruma,
y, sí, en mi pobre carne son dilatada herida...

¡Venid desdicha, angustia, dolor, mi trilogía;
por fin estaré solo y viviré sin mí!

VI

¡QUE frío de olas blancas disfrazadas
debajo de las tejas en chorros!
¡Qué peso de armonías sin dolor,
de deseos latentes,
de burbujas y charcos en silencio!

Todo ante mí es de una lentitud de hora parada.
No cruzan el espacio láminas encendidas.
Es, hoy, un absoluto temblor de agua sin carne.

No me importan las voces que llegan
a romper este éxtasis
de humedad y sombras;

notas de un ideal pretérito, manchado
en un silencio, que borra mi recuerdo
que, como noches de amor ausente,
están vacías.

Así se persiguen las gotas en lucha
para hundirse, haciendo un total roto, en el suelo...

Como los hombres, bajo el signo de los cerebros,
hundidos en tinieblas;
como las fieras, a buscar presa débil;
como el sonido, a enroscarse en el viento.

Y este sentir estático,
de ropa colgada en calma, en la que los chorros hielan
sus huesos blandísimos,
me atormenta.

No quiero contener el deseo en cenizas,
que llora, aterrado, su sino.
Ni observar los desnudos que me llaman
sin lograr enterarme, si mis brazos son fuertes
y estrujar,
destruir aquello que no pueda llevar a mis labios resecos,
surcos inútiles, de una falsa bondad o un sacrificio.

¡Qué siglos, tan brevísimos, los del alucinado!
Los del pintor que rompe sus cuadros a cuchillo;
los del que, decidido,
vuela de un suelo alto a otro más hondo.

¡Y cómo desespera este igual, lento,
del que tiene que ver claridad en el barro,
azules y amarillos,
donde insondable es de acero turbio!

Sólo pido un resquicio, mi Dios,
para sentirme
lejos de toda esta confusión de verdades.

Quiero huir, asilarme en una nube quieta,
vivir entre los hombres de un astro dulce y blanco,
en que la sangre sea la misma para todos,
las cruces repartidas en un fiel absoluto
y ausente el pensamiento,
no volver a encerrar, entre mis sueños,
esta torre tan gris, tan olvidada
como yo de mí siempre.

VII

SIGUE mi vida traduciendo el dolor exactamente:
ninguna de sus letras falta a la cita que puntual les doy.

Y yo —como piedra que a la gota ha cedido
su última resistencia dejándola dormida— vivo.

Vivir, este de huida permanente,
como el insecto tímido a quien la luz persigue,
y que aun en el rincón, fatigado, le busca
cuando en la estrecha hendidja, no cupieron sus alas...

Yo tampoco he podido evadirme veloz
como pluma o vilano, obediente a la brisa,

porque una espina ardiente hizo blanco en mis ojos
convirtiendo sus fuegos en sótanos helados,
en desvanes vacíos plenos de telarañas.
En inviernos desiertos...

Mis caminos son nubes de angustia fatigada,
que esperan anhelantes mi pie de viejo náufrago,
un pie que se ha de hundir con el dolor
de un cuerpo despeñado.

Pero mientras la hora de ese nuevo vivir
—que es plena muerte— suene en mi pecho
como bronce íntimo. ¿Hasta dónde seguir?

¿Por dónde el paso?

He parado el reloj y ando descalzo
huyendo de que el tiempo me descubra...

VIII

ESTAS noches de Otoño, estas noches lluviosas,
lentas;
se funde mi alma, como en duro crisol la miel caliente,
y es mi cuerpo, impar húmedo
condenado al silencio, crudo, brusco y sombrío;
como son mis entrañas en esta soledad,
que afanosa me busca y amorosa me envuelve
en el blanco turbante que es hallarse consigo;
porque otra voz extraña, nunca me entendería
aunque hay tantas maneras y tantos alfabetos,
sin que sea ninguno éste que yo me hablo.

¡Oh Babel, me confundes con tus claros lenguajes!

Por eso pienso a veces que seré mudo y ciego,
o si es que mi plena alma se encuentra adormecida,
colgando de bruces en las aspas blancas
de una vieja estrella, sin habitar nunca
dentro de mí mismo.

IX

¡CÓMO tiembla en el cielo la luz fría,
cómo deja su huella, latiendo permanente,
irrevocable!

Aunque cambien los años, las cifras y los nombres
y muchos muertos nuevos besen la tierra en fuga...

Cómo mi rostro tenso, tal un espejo ardiente,
de brumas y rumores recibe los secretos...

Miro el reloj. Sus brazos han caído cansados,
—ancianos peregrinos en un rodar constante—.
Vagas nubes concretas, como gigantes blancos,
corren por el espacio (ansias de confusión).

Y furtivas miradas me espían silenciosas,
inquietas, como grillos que presienten la lluvia...
¡Ojos lejanos, blancos, que nunca me comprenden,
ciegos como diamantes con pecho de carbón!

Mi alma —acero fatigado— tiembla bajo el brazo
de este cuerpo que clama por un mejor ayer...

¡Oh lago luminoso de libertad perdida
donde yo navegaba con mi barca de versos!

Hoy los ángeles duermen, las estrellas se apagan,
y la voz de la fuente es un débil gemido...

¿Por qué faltáis, por qué?
¿Qué maldición de fuego muerde vuestras espaldas,
versos míos?

¡Ay silencio que vives mis horas en que lloro
mis horas en que amo,
mis horas en que sueño!

Y cuando pido y busco, sólo hallo
una larga carcajada de olvido;
olvido largo y hueco, como mina sin nombre,
como cerebro fósil de tiempos lejanísimos;
y allí entierro mi voluntad, agónica, agobiada,
de vivir este barro, tan torpe, innoble, cruel...

¡El barro de ellos!

X

¡QUE lucha en sombra ardiendo!
¡Qué absurdo este destino
de equis contadas, añorando
luz blanca, libertad, vida plena!

Qué deseo total de adivinar mi ruta
cierta, segura,
que sin vacilar rompa la espuma,
la piedra o el fuego.

Saber que mi destino
es el fondo del mar
—donde durmió mi arrebatado hermano—
ruta de arena y coral
tumba violeta —ahora vacía—

porque su cuerpo es brisa de ciprés,
aire de tierra.

El buscaría seguro su fin
entre los peces de ojos maravillosos
y respirar de nácar
para dormir entre ellos dulcemente
con pulpos y aguas-vivas de carne luminosa
como saladas luciérnagas.

El, entre las caricias de una existencia impar,
con la sangre trocada en agua clara y triste.
¿Emigraría su alma a los turbios planetas,
o anda aquí entre mis dedos?

Mi pensar se extravía, como burbuja de aire.
Todo mi ser, cabellos, uñas, ojos, los entrego
a este pensar en él,
a este pensar en mí.
¿Por qué no te quedaste en la orilla?
¿Por qué?
Ya hubiera yo trocado tu marcha
con la mía, y huido rápido
como el mercurio que resbala,
como la seda hecha falda,
como el aceite que se escurre silenciosamente.

No me importa mi ruta. Ya no me importa.
Aquí está el sol. Ya basta.



AMOR EN EL TIEMPO



A. Fernández Moreno

POEMA NUMERO EQUIS

DENTRO de mí se estremecen ahora
como entonces,
tus labios ingenuos, fríos, torpes;
araña roja, para la simple voluntad rendida.

Una vez más desesperado, sí;
contemplando afligido este cementerio de horas perdidas,
asfixiadas en vino, sudor de gruesas gotas
en la tarjeta blanca del trabajo y el tiempo.

Y tantas desazones como días
inmersas en un coro de tan desafinado amor,
que un gemido me advierte con puntualidad exacta
que ha pasado ya la hora del fuego
y que viene la hora ya del barro.

Lo que quiero decir no es pasión absoluta,
terror es demasiado, poco es deseo;
estimación, es falso.
Busca por mí una palabra justa;
te lo pido: —justa y redonda como un ojo muerto—,
tengo seguridad que tú la sabes.

(Qué sorpresa de luz aquella carne
prisionera inmóvil
tras la reja de una media de seda de París,
con su color de noche irreversible,
mientras mis inútiles manos esperaban
en la curvada reja de la ausencia).

Y ahora eres tú otra vez quien apareces
con tu sonrisa líquida en mis vasos más íntimos,
con tus brazos morenos, colgados en mi espalda.
Tú que estás fuera, casi en otro mundo;
sin mar, ni isla, ni seguro nombre.

Musa, espejo clarísimo,
aquella corta historia se hizo eterna,
contra mi voluntad,
contra la tuya;
todo por una plaza y una estrella
y un sorbo de cielo en la garganta,
aún húmedo y vigente.
Mejor será escribirlo así. Otra voz moriría al intentarlo.
Porque yo estoy aquí pensando todavía;
pensando en aquel sueño, ensueño ahora.

FECHAS ROTAS

¡QUE rumor de alegrías y de espejos!
Las voces absolutas de un destino
florecieron al fin, con lunas vírgenes,
en el oro y azul de vivos fuegos.

Como de mármol tibio,
se estremece la carne sorprendida
en un cauce ignorado de todas las miradas.
Firmes columnas de brillante plata,
latidos de magnolia de unos senos,
—arco atrevido entre placer y angustia—
que hizo arder en mis manos su tembloroso choque.

Al fin el calendario de una vez
arrancó de sus hojas el silencio.

ENTRE TI Y EL VIENTO

EN una transparencia de piedra, miel o nieve,
entre las paralelas de unos vuelos de tarde que
se esconde,
un espasmo de gozo en la carne tupida de niebla,
temblorosa, olvidada
quizás
en un calor brevísimo de sangre nueva.

No, no son los deseos que azotan como látigo locos,
es algo más allá; dentro de tu sonrisa, o acaso
en esos astros vivos de tus ojos, lo que palpita lento
como un paso de herido,
y siembra mis caminos de rosas nuevas,
de dulces recuerdos partidos.

Más allá, más allá,
donde se confunden las cosas que flotan
lejos,
donde el frío conspira en las sombras,
estaré más cerca,
entre ti y el viento.

LA DESESPERACION DEL ENCUENTRO

HAY corazones de blanca baba informe,
que reptan por el suelo, en la esperanza de
evadirse, como cualquier gusano indiferente.

Tropezar con ellos, con su asquerosa forma,
con su débil latido, casi imperceptible,
tal el suspiro de una paloma en vuelo,
es peligro inminente,
como el instante de sentir el vaho de la muerte
en el rostro,
la pezuña de un león en el cuello
o estar bajo una torre, mientras la tierra tiembla.

Peligro de dolor,
daño que no se cura en la cama blanquísima de
un hospital céntrico,
no es posible evitarlo como un simple atropello
de tranvía.
Su blanca baba invade pulmones y arterias
como un bacilo que aún no fue descubierto,
y no sabe su nombre todavía,
(que será el de algún clínico famoso).

No toques, no te acerques jamás a tales corazones
si quieres evitar consiguiente contagio,
temblor, vértigo, vómitos,
deseo de dar muerte a cosas conocidas,
empezando por ti, (si acaso te conoces).
Cuando aceptas un corazón así de baba blanca,
decae la tarde roja, oyes en las lejanías
asombrosos murmullos, rezando lentamente
borbotones de plomo
como mundos que se regulan en gota
y los sepultureros te sonríen irónicos,
rompiéndose la cuerda de todos los relojes,
y tu cuerpo va a tierra y vuelve de la tierra
sin llegar a morir definitivamente,
ignorando por qué todas las aves,
tienen ojos de flores marchitas
y en los asilos la noche llegó más de tres horas
antes de la hora, e inesperadamente
cantan salmos los peces —aún los desconocidos—.

Las olas hierven, y penosamente sus cabezas,
se agitan de un lado para otro,
y sin embargo el barómetro ya regresó
a buen tiempo, (aunque mis manos frías
se crean lo contrario).

Hay que pensar que todo es mi tristeza,
esta tristeza de malvaloca desengañada,
con lo fácil que es viajar siete días por
mar y otros por tierra,
y además siete días también por el cielo.
(Tierra, mar y aire, qué magna trigología
de esta época).

¿Pero y el oro? —¿Quién pondría el oro
y la libre libertad para volar?

Si la tierra está harta ya de insectos
voraces
y apenas si es un voltio la luz de mi cerebro,
mortecina y ronquísima, como bujía
que se intenta apagar con los dedos
untados de saliva.

Así resolvería mis problemas de álgebra
dándome lentamente puñadas en el colon
sin otras preocupaciones que mirar hacia abajo,
odiar el ajedrez como juego monótono
y beberme los fondos de todas las botellas

y de todas las copas, y también de los vasos
y de cualquier otro recipiente (sea el que sea),
que puedan existir sobre un estante
confundiendo los vinos con los atardeceres,
y el cristal transparente con el cascabel
de una risa, de una risa cualquiera,
que despierte mi amarga ya inaudita
manera de sentir sin los sentidos...

Víbora blanca, corazón despierto
no quiero que me muerdas otra vez...

VIAJE DE VUELTA

Tu ausencia abre el camino de mi angustia dormida,
va gritando demente delante de tus pasos,
anuncia por la Tierra mi naufragio constante,
que como viejo buque, descansa en fondo firme
con una herida abierta en su espalda de hierro...

Hay un dolor de sangre, cuando pienso tu nombre,
y al camino le falta dimensión, lejanía
para llevarte en brazos el beso que no pudo
fugarse de mi boca y que ahora encarcelado
me llora en la garganta...

Mujer, sí, que has nacido para todos quererte,
para todos los hombres hincarnos de rodillas,
para todos morir con ensueños clavados,
y a tu merced dejar nuestras vidas de lágrimas...

Tus ojos —mares verdes, redondos, luminosos—
resucitan mirando, lo que frío parece,
y a los pobres insectos les nacen alas nuevas
al calor de tus manos cuando acarician suaves,
mientras el sol —durísimo— muerde tu oscura piel
y su risa amarilla me atormenta de celos...

¿Por qué te vi, mujer?

¿Por qué ese día mis ojos no se volvieron niebla?

¿Por qué sentí en mis brazos tu médula llorando
bajo la prieta carne?

¡Si el destino, en su libro, todo lo había escrito...
menos que iba a quererte!

¡Quita mujer mi vida, dame muerte a tu mano,
porque no tengo fuerzas para rasgar mi pecho,
sé además que saldría de mi arteria más honda
una débil voz verde, diciendo: ¡Te amo siempre!

Y no quiero escucharla, ni quiero que la escuches,
por eso cierro oídos, ojos, boca, garganta,
y vivo en mi silencio como un topo asustado,
espirando a arrastrarse, para besar tus pies,
a tus pies que se asoman guiñándome los ojos,
desde la roja reja de tus altos zapatos.

Apártate, mujer, no me tiendas la mano,
porque mi cuerpo es sólo una maravillosa máquina
descompuesta,
un fin gastado ya.

Yo no quiero decirte ¡adiós! porque te espero.
Dónde, cuándo, ni cómo... ¿Eso quién lo sabría?

El tiempo nada importa, alma es eternidad.
¡Mujer, al fin te hallé; ahora es mía la muerte!

AISLAMIENTO Y MAÑANA

Yo pensaba que todas las mujeres que vivían, eran seres compuestos de materias humanas, que en el tiempo, normales, discurrían con el rítmico paso de lo que existe y vuelve a ser la nada...

Pero yo en aquel tiempo, aún no te había encontrado y creía sin fe y pensaba sin mente...

O Tú no eres mujer nacida en este Mundo o mis ojos dos topos que jamás distinguieron esa luz que refleja en lo alto de tu frente, aislado de las sombras, sin proyectar silueta de luto por el suelo,



como el rincón que ampara los insectos dormidos,
y confunde las hojas ya vestidas de Otoño...

Tú no arrastras, mujer, los pies por el camino,
donde el polvo se cita con la voz de los vientos.
Te remontas ingrávida sobre lo ya creado
sobre lo que ya existe para siempre morir.
Tú eres la llama o nube que borda mis ensueños,
que con su mano de oro abrió mi pecho al sol...

Me deslumbró tu paso, como a una triste oruga
la brillante luciérnaga,
y dejaste en mi beso trémulo y asustado,
la miel blanca y caliente de tu saliva en flor,
temblorosa viajera entre dientes de Luna
o collar caprichoso que se esconde en tu boca...

Cuando te conocí, yo existía tan sólo como viejo reloj
que atrasó eternamente
y no pude ritmar tu vida con mi vida.
Soy lento caminante, tú paloma veloz,
paloma con un cuerpo de trigo sazonado,
unas alas de ensueños y unas manos de Angel...

Perdona si algún día como niño curioso,
levanté mi mirada para ver el espacio,
y me encontré contigo.

Yo quedo así clavado como un viejo crucero,

como árbol centenario cansado de brotar;
apagaré de un soplo todas mis hojas nuevas...

Y tú sigue tu vuelo a infinitos confines, más lejos,
más allá...

Donde los rostros tengan perfil de almas tan sólo.

SOLO UNAS PALABRAS

AHORA que estás presente todavía,
ahora que tu hálito llega templado a mi rostro
como caricia de una inédita pluma del Sur:
cuando tus ojos cercanos
sirven su redondo misterio a mis miradas tímidas.

Ahora que tus cabellos pasan bajo mis mejillas,
temblando como una onda de pétalos de seda.

Ahora que mis manos pueden encarcelar las tuyas
entre la reja dura
de los tostados dedos, trémulos y nerviosos.

Es hoy precisamente,
es ahora mismo

en este instante en que mi voluntad
sujeta inútilmente su destino.

Ha de ser en seguida, con mucha prisa
como para salvar a un moribundo niño
o devolver la luz a unos ojos apagados.

No es posible dejar que los minutos
se transformen en horas, meses, años,
aunque el amable tiempo se quiera disfrazar de parado reloj
porque ronda ese insomne Sereno, blanco y frío,
inevitable y triste que es la Muerte,
y después de nada servirán nuestros recuerdos.

Por eso quiero hablar, quiero hablarte hoy.
Ya sé que balbuceo en tu presencia
y mi lengua se agita, como la de un pobre perro fatigado
al que el sol le acaricia las espaldas;
así, pues, tan sólo carraspeo
con una musiquilla de pulmón lejanísima,
y repetida, siempre repetida, que sonroja entonarla
—mágicas dos palabras, culpables absolutas
de esta multiplicación de las especies—.
En fin: Te amo, diré.
Y a devolver mi prisa que por ti
tengo prendida en la garganta siempre;
allí estará mañana,
dormida en esa piedra —seca y gastada—
de mis viejos versos.

VOZ DE AYER

Nos dijimos adiós, en otro, acaso, vivir,
que no fue éste, otra vida mejor en que nos conocimos,

Te veo tal si estuvieras tras un turbio telón
de cristal vivo, en el rincón
de aquel oscuro gabinete húmedo.
Primero un abanico; luego, tú: la frente llena
de pardos, deliciosos bucles,
como prietos racimos de uvas negras,
y en tu alto pecho, la cadena de oro de la Historia.

Aún recuerdo en tus ojos grandes, tristes, sombríos,
reflejado el alfiler de mi corbata blanca,
de suave seda, adquirida en la tienda de los siglos,

y el runrunear de un gato en tu regazo,
como una bola de asfalto, tembloroso y brillante.

Era otra vida, sí,
a la que juntos llegamos puntualmente
a la hora exacta en que el Destino quiso:
Tú, un pañuelo de encaje,
y yo, una copa.

Eran las 4 en punto para los dos,
así nos las cantaron las campanas
de todos los relojes escondidos
en la torre de viejas catedrales, hoy difuntas.
Entonces nos arrulló el amor
con sus canciones de pétalos y miel adormecida.

Pero aquello pasó
¿Cuándo y dónde pasó?
No sé, porque ahora el tiempo llora sobre mi médula
litros de largos años, y está indispuerto
con mi vida en sombra.

Todos los días—primero débil, y después profundo—
abre en mi frente un nuevo surco,
en el que la vejez siembra su negro grano,
y pone en mis cabellos cien horas nuevas
de color blanquísimo.

Y ahora me llegas tú
con tu redondo billete nuevecito

y una maleta con tan pocos años
que un kilo apenas pesa.

Soy aquella —me dices—.
Soy aquella de los bucles y los ojos sobrios,
la de entonces —repites— la de ayer,
pero hoy mi vista ciega no distingue la luz,
ni aquel calor de entonces,
y esta mi vieja carne, tan sólo es esperada
para clasificarse entre los libros,
en esa biblioteca en la que todos
tendremos nuestro título en la Cruz.

Tú murmuras, sonrías y te alejas
con un nuevo mensaje de juventud y amor.
El alba de tu vida ha comenzado
y yo cierro la puerta de la mía.
Sin el sol, una lágrima no importa.

LA VOZ DE TUS MANOS

CUANDO tus manos eran mis prisioneras;
manos, sí, aquella espuma de azucena escapada,
donde la luna puso su caricia más limpia;
ellas, en confidencia, me daban impresiones
—amargas o gozosas— sobre sus sentimientos.
Aún su triste latir, tenuamente penetra
como débil llamada en un patio vacío
que hace voz insolente el paso de la hormiga.

Entregadas, abiertas, frías y lánguidas
me contaban muy quedas de mis dudas en pie;
otras veces templadas, con fervores divinos
sonaban como besos al sentirse apretadas.

Pero ¿era entonces, ayer, ahora o fue mañana?
¿Nacieron esas manos? ¿O son de mi quimera una sombra
de flores?

Ya no sé si la noche cierra terca su ojos,
o mi sueño está andando sus pasos solitarios.
Hombro con hombro estoy de la farsa y lo cierto
y el calor en mi brazo es difunta distancia.
Acaso ayer. Sí, acaso.

VOZ DE NOCHE

EN este mundo mío, tan distante
donde el olvido se desgrana nuevo,
tal si las cosas hubieran sucedido sin pasar;
hay relatos fantásticos, a los que vuelvo la espalda
comunmente;
cantos de salmos
realmente insospechados, inéditos, impares.

Sin embargo, aquella voz era su voz segura
y aquel rostro, su rostro, dulce, redondo,
como un grano de trigo blanco e inesperado,
sus ojos entreabiertos, hacia mí
—seguramente por error u olvido—
en un redondo resplandor velado, parpadeante,

tal cual empieza un niño a sentir sueño,
al caer de la tarde
cuando el ojo del sol ya sólo es una violeta
tímida y ovalada.

Aún hay más, para mí,
y es la sorpresa de sentir que sus manos,
frías y palpitantes,
cautelosas e inquietas, como niñas perseguidas,
se ocultaban, terca y ansiosamente,
en el viejo calor que dan las mías.

También su rostro —tez de rosas y viento—
rozó ligeramente mis arrugas tostadas.
Fue el momento preciso en que la Dicha
me devolvió su nombre.

La así del brazo con repentina juventud hallada
—no sé de fijo en qué rincón oscuro—
y he recorrido ansioso las puertas vivas, encendidas,
ardientes de la noche.

Y en todas te encontré tal como eres:
Luz, bondad, inocencia.

Y sentí pena de mirarte hondo, pudor, vergüenza, miedo.

Y sólo te he querido ya, dejándote escondida,
en la apagada iglesia del recuerdo.

Cabellos, ojos, manos;
gracias por vuestro gozo inmerecido;
es la quimera de la breve historia
que involuntariamente escribí anoche,
con invisibles rayas en mi lecho.

VIEJA VOZ

CUANDO el hombre está solo
porque el tiempo ya le azotó bastante,
sus sentimientos se hunden en una insondable sima,
y el hombre, entonces, se transforma en otro ser distinto,
tal un árbol seco, desesperado e inmóvil,
cuyo tronco enflaquecido
arroja su vieja cáscara, dolorosamente, en silencio,
así que la brisa lo acaricia con su hálito.

El amor y la paz —sus dos hojas mejores—
quemadas por el sol de tantas horas
se desprenden y vuelan,
como espectros de avispas asustadas
o láminas de polvo amarillo suspensas;

mientras la risa de la juventud,
abajo espera, con el hacha afilada
que abatirá el tronco, ya rendido,
fatigado, en vacilar inútil tras los años.

Así, los que soñamos —ya sin párpados
porque las lágrimas los gastaron con su agua amarga—
no somos otra cosa que el paisaje de ese tren apagado,
cuya estación final aún no ha nacido;
queremos resolver en nuestra ruta
—y siempre inútilmente—
la meta incógnita o escondido destino,
buscando mundos, besos, luces, flores,
y rindiendo al Amor nuestra rodilla,
en un esfuerzo vano, que tan sólo produce
un sonoro y ridículo crujir de tristes huesos.

Ya por costumbre antigua, viajo solo;
manos y corazón siempre esperando,
y a través del cristal de lo imposible,
en el paisaje flotas tú: esperanza.

ADIOS, ¿POR QUE?

DECIRTE ¡adiós! ¿Por qué?
si aquí te tengo presente,
pulso firme, sangre alta;
tus ojos —brechas de mi amor transido—
tus labios tiernos, dulces, en mi boca
como fruta por nadie conocida
porque su esencia está concentrada
en las gotas de mi propio espíritu,
mi alma que tienes en tus vasos tibios,
por donde corre, como por mis venas
y grita y bulle y juega tal un niño contento.

Tu ¡adiós! Tu despedida, nunca.

Estás tan cerca, que el aliento de nardos
de tu boca, palpita en mi mejilla
como una flor abierta sobre su endeble tallo,
tras de la niebla clara, que quiero hacer presente
un recuerdo de luces de multitud de ojos
que me miran, bajo los tuyos entornados
limpios. Eso sí, ya con rabillo de misericordia.

Tienes pena, ¿verdad? del pobre viejo herido,
en tu luz, esa luz que es de todos o nadie...
(Según precio).

FUGA DEL AMOR

COMO el ala negra de la noche interminable
en que se congelan las manos del reloj;
como el pavor extremo
de un huído sangrante vacilando en sus pies.
Tal la nublada luz de ciego sin guía
quizás como una campanada bajo el agua,
cuyo sonido expira asfixiado;
así, mi dolor pleno
penosamente avanza sin encontrar camino;
mi angustia trasnochada huele a alcohol
a cenizas, a sangre coagulada de antiguo;
y en este laberíntico deambular demente,
se me oculta el final, se me amarga el principio
y a la mitad, todo es luto y tristeza.

El amor se ha llevado sus letras
de mi frente,
y ha dejado sobre mis hombros
el peso de su nombre que le aplasta,
(como a un pobre transeunte distraído,
la rueda de un camión inesperado,
lleva su nombre a las primeras planas
de los diarios, y tarde, le recuerdan
su apellido).
Sí, el amor me ha dejado pálido, transparente,
sin vida, como a un atropellado cualquiera.

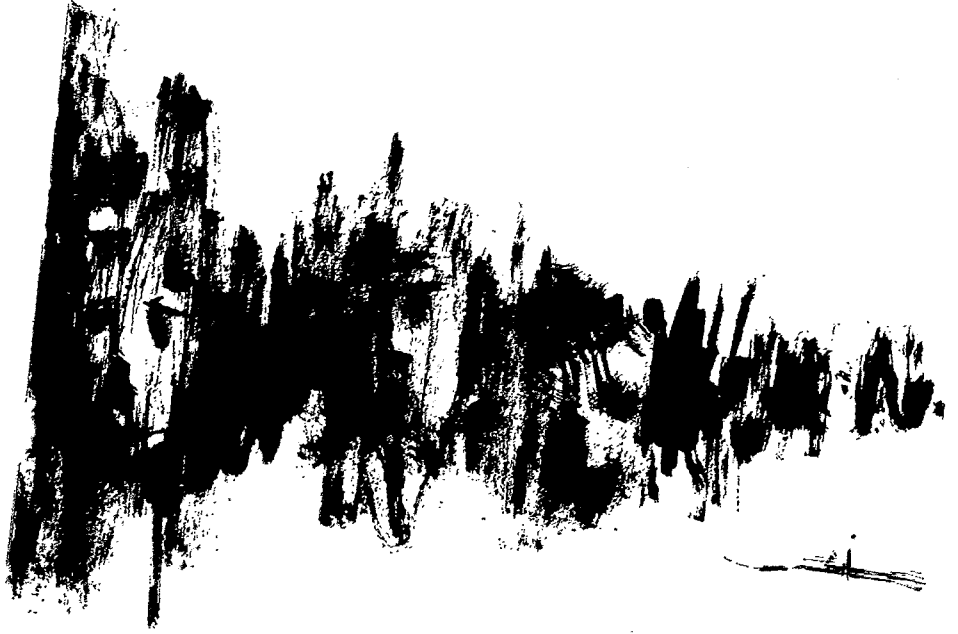
LO INEXPLICABLE

ME ocultaste el desprecio con un raro cuidado;
los años lo hacían bello con su disfraz de amor;
era como carbón dormido entre las piedras
que el monte cobijaba con su pecho de pinos.

Fue mi culpa quizá al decirte algún día
que por tu boca abierta veía el corazón
(era la campanilla, ¡no tenemos remedio!)
O cuando otra vez te hablé, dije que mi cariño
estaba por encima de las manos de Dios.
Total, que el tiempo fue tu tiempo,
tus pasos mis distancias y aquí podría

decir otras cosas tristísimas —más o menos baratas—
pero callo, me callo; porque estoy explicándome ahora
todos los porqués inexplicables de tu desprecio
digamos sí, de carnaval en la ciudad gigante
que dura eternamente de un año para otro.

MUNDO Y GENTES



EL ADIOS A LA MUERTE

ADIOS muerte que te alejas,
mi mano —puente de plata—
te sirva de compañía
a tus cuevas de la Nada.

No quiero verte, no quiero
porque eres como una mancha
de luto inmenso vestida,
de frío inmenso forjada,
con ojos de cirio viejo
y manos de sangre avaras.

Te he visto cerca, muy cerca
—a la puerta de mi casa—

llevarte un hombre dormido
en tu regazo de garra.
Su corazón ya era piedra;
por sus venas, sólo agua
fríamente discurría
con ansias de tierra amarga,
madre de gérmenes vivos,
—caracol, gusano o larva—
que hacen de la humana carne,
huesos, cieno, polvo, nada.

Te he visto, muerte, muy cerca
pasar junto a mi ventana,
dejando en la transparencia
del aire
tu voz extraña
entre gemido de viento
y madre desesperada.

Y mientras el hombre inerte
agonizaba en el alba,
en silencio —soplo a soplo—
fuiste apagando sus lámparas.

(La noche se alzó en la sangre
la fe y el dolor se abrazan).

Ya has huido. En lo más alto
de una nube; con la calma
de quien hiere sin defensa

un pecho abierto a la espada,
soban tus manos sensuales
el pecho de las campanas.

¡Cómo doblan, frío y recio
esta noche, por las almas!

Adiós, muerte, cuando vuelvas
afila tus uñas, rápida,
y acierta de una vez sola
en mi corazón en marcha.
Quiero afrontar tu camino,
sin pensar en la distancia.

MI NIÑO AZUL...

MI niño azul, no tiembles;
el mar no pasará de tus pies asustados,
aunque lloren madera rendida todas las ramas,
y el viento quiebre su voz entre los picos rubios.

Mira el sol —agujero del cielo—
pelota de oro encendida, que deja una sonrisa de rayos
en tu frente;
corre,
que la luz viva azote tus cabellos
y esconda un pedazo de lumbre en tu pecho.

Mi niño azul, de ojos de cuentos de hadas
con sus pestañas de pinceles inquietos,

vientre de ángel dormido,
pies de talla de rosas temblando;
deja a la luz tu blanca silueta, tu cometa roja,
tu trajecito de muñeco con alma...

Juega con el aire, mira como te abraza jubiloso;
hazle un molde con tu cuerpo,
una brisa fresca con tu sombra.
Juega con las lágrimas blancas del césped,
con las alas blancas del cielo,
con los rizos blancos del agua del charco...

¡Corre!

Levanta el polvo de los huesos que fueron;
debes pisarlo todo, porque empiezas.
No respetes este falso silencio del mundo.
Grita, (yo te oigo y gritaré llorando).

Más alto,
más,
que se rompa el sonido en una nube,
junto a tu cometa roja,
al lado del lucero que te encandila con su fuego frío;
¡Grita!
Que tu música llegue más allá de los cráteres,
de los pinos, del sueño.
Que vaya a descansar, detrás de toda aquella curva
que nos ahoga...
¡Allí estaremos juntos, para siempre jugar!

A UN PINTOR MUERTO

A OSCAR DOMINGUEZ

AYER, anoche o nunca, no puedo asegurarlo, amigo;
luché con mis párpados, para acallar en ellos
el escozor dolorido y tenaz de tu marcha.
He amasado olvidos con recuerdos, bajo una luna
que me mira con su millón de ojos vacíos;
hundido en esta mi habitación, donde todo es ayer.
En mi puerta, el ruido blanco de tus nudillos ausentes,
despierta mi recuerdo de tu rostro agotado de muerte,
antes de quedarte con ella prendida en el pecho.

Y he querido marcharme contigo como hace
no sé cuántos años,
cuando la fina piel del amor compartía a tu lado
su abrazo caliente;
en aquel nuestro andar, pinceles y cuartillas
se besaban con alborozo.
Hoy quiero que su beso de despedida no falte;
que tus colores y mi pluma, sigan siendo hermanos
en nuestro equipaje.

Y caminar despacio, como entonces,
por las cumbres y los bosques
—abiertos abanicos de leve, verde y temblorosa piel—
entre azucenas grises y gárgaras azules
de aquel viejo tabaco murmurante.
Mi viaje es siempre tuyo. Mi camino,
el pasado por toda esta máquina terrestre:
latido, polvo, huella, sudor sin llegar nunca.

Voy de tu mano, amigo, la siento estremecida
como una paloma de hielo que al agitarse
desprende de mis ojos una lágrima
que mancha mi corbata negra por ti.

Pasemos, amigo, juntos este abismo,
mi espíritu te sigue
—aunque los viejos zapatos se queden
inmóviles de terror—
es un barranco más, donde duermen o mueren

cuantos viven y sueñan como tú;
pero alcemos la vista al viejo brocal negro
donde juntos bebimos el agua de la noche
y digamos adiós a este vacío campo en cuya tierra
todos los muertos viviremos juntos.

Y, nada. De regreso, la ciudad y tu estudio;
la paleta manchada del oloroso aceite, el lienzo virgen;
y los sueños —tus sueños, cuadros rojos y azules—
colgando muertos ya, de las luces eternas.

A UNA NIÑA VESTIDA DE AZUL

EN todos los momentos en que consciente existo,
en todos los instantes en que pienso,
te tengo, niña azul, silenciosa, a mi lado.
Siempre te veo triste

y con los ojos como pasados por un mar caliente,
mar donde palpitabas en una vida distinta de tu vida,
con extraño corazón aparte, que cantara en otro pecho,
que no en el tuyo breve y redondo,
tal tu misma, pequeña niña azul, que me pareces
como una leve gota de alcohol encendido.

Te acaricia la dicha entre sus alas;
¿Qué temes? ¿Qué presentes?



¿Por qué siempre tu nuca está espejando nubes
y tu frente a la tierra es paralela?

Yo espero un día tu carcajada,
tu primer beso en otros labios que se estremezcan
en el templado sabor del primer encuentro;
y sin embargo, eternamente fijo en tus ojos
ese guiñar constante de la lágrima
que implora sin saber a qué misericordia,
que nace, vive y muere
ignorando su origen.

Te tengo, niña, junto a mi memoria
presente estás, cuando mi sueño me hace
suyo absolutamente;
eres como una espectadora sentada y silenciosa
que en mi salón en sombras
presencia una aventura de soledad y llanto;
(bajo tu paño azul arrugadísimo
tiembla la frágil carne).

Quisiera ver el nombre de tu sonrisa inédita,
para entonces llevarte entre mis brazos
luces y olas, flores, suspiros, llamas.
Aunque sé que de nada servirá mi deseo,
quede mi voz en alto
como prendida a un mástil infinito.

Y créeme, hazme caso, arroja ese dolor

cuya madre sin nombre te atormenta
y tira su tristeza al camino del tiempo.
Ahí la encontrarán santos, locos, poetas;
son quienes más tristeza guardan en sus bolsillos,
vacíos y hondísimos bolsillos.

HOMBRE TAMBIEN SOLO

EN las noches que pasan palpitando,
cuando el silencio es una bruma de terciopelo
en mis oídos,
y sólo alguna distante ventana,
me abre de vez en vez, su trasnochado ojo,
se agolpan tras mis pasos los olvidos de ayer
y las miradas de seres invisibles;
—amigos que habitáis detrás de evocaciones lejanísimas,
entre ellos, el amor, ya adormecido—
sonriendo tristemente, dando vuelta a sus alas,
con la torpeza de un joven campesino a su sombrero viejo.

Mirad:

Todos marchan conmigo rodeándome
como un pañuelo fresco e impalpable.

Y también estás tú, igual que siempre,
que has llegado a mi cita, retrasada, anhelante,
mostrándome el reloj que hay en tus ojos,
donde la hora puntual se mece
como tímida niña en un columpio.
(Es cierto, un poco tarde, pero es hoy todavía).

Y siento alrededor,
los pensamientos que se abren en mi carne;
la llama del dolor, que la consume
sin dejar huella;
tal si su peso fuera deslizado
por transparente lámina de hielo.

Estoy acompañado de vosotros,
que ya sólo vivís en esas viejas cartulinas
que cuelgo en mi despacho, con las hojas intactas;
nunca os fijé ni el día, ni la hora;
pero hoy estáis conmigo, en esta habitación;
aquí bajo mi lámpara, os sujeto en mis manos
contemplando recuerdos, sentimientos, odios, dichas;
codo a codo, al final os tengo presos,
en esta noche en que la juventud
me ha dado un leve golpe,
—dulce, suave, amistoso— en las espaldas.

CIUDAD

CIUDAD: qué solitario estrépito confuso
—voces comunicadas entre oídos de hielo
anhelosos de presas, que nunca serán suyas—.

Una nube de barro, de asfalto, de ceniza;
un mar de color gris, de ahogados personajes,
algunos infinitamente desconocidos.
Sordos multiplicados se confunden,
nadie escucha un sollozo, la risa es una mueca
sin valor de alegría;
todos apresurados buscan, buscan y buscan.

Un carnaval de almas vaga en este desierto
poblado de las calles, alfombradas de asfalto,

donde huellas dementes mil veces se repiten;
volver, siempre volver, para pisar de nuevo
aquel lugar de hoy, de ayer y de mañana
y que no tiene fin, hasta el fin de nosotros.

Aquí no existe nadie —acaso por ser tantos—
los números se rompen, la tijera del cálculo los quiebra,
se golpean violentos, como perpetuos enemigos irritados,
ignorándose todos a sí mismo, hombres, cifras, distancias,
todos a todos, en este vagar juntos, jadeantes;
mientras, oscuros pozos espían distraídos
a ingenuos forasteros, con que saciar su boca,
—llenar su hambre despierta—.

La miseria se oculta en un traje lujoso
o bajo la camisa sudorosa y zurcida;
dentro, en su pecho, un corazón de tierra
débilmente oscilante, con cierta habilidad
se disfraza de niño desamparado y huérfano.

He cerrado mi puerta y la garganta, porque
quiero estar solo,
y llevo mi silencio en el bolsillo
como un viejo reloj, ahora parado.
No sé, no sé, Dios mío,
cómo cierras tus ojos que ven todo.

DESPERTAR, ¿PARA QUE?

EL poeta descorre la tapa de su linterna,
abre sus ojos —de luto voluntario—
y gira alrededor, una mirada húmeda y rojiza
—mirada de perro en agosto—
y lee la felicidad de los hombres
fijada en blancas cortinas impresas,
donde figuran letras de todos los colores y tamaños.

Pero el poeta no cree en lo mundano,
pregunta, inquiere;
es ignorante porque vive en las nubes,
y despertó su sueño,
un satélite artificial, que hacía mucho ruido...

Y entonces
desvela la cortina de las frases impresas
y la confusión hierve, como la saliva al sol.

Un infinito batallón de lenguas,
le hablan discordes, con voces diferentes,
entre chillido, música y congoja,
tal si un órgano eléctrico —esos que ahora se usan—
con todos sus registros boquiabiertos
lo hubiera violado una tromba de aire inesperada.

Cadenas, libertad, sangres o mieles;
desastres y desdichas, suicidios y adelantos;
se reúne la ciencia, para salvar dos niñas;
mientras se matan los amarillos y los negros
por miles y por miles, ante la indiferencia
de todos los directores del mundo;
pero sin embargo es noticia
un gatito abandonado en un zaguán
y grupos de señoras compungidas
le llevan tazas de templada leche azucarada.

En tanto el opulento cambia la marca de su puro
y le preocupa el peso de su vientre.
Hay llamadas de paz y venta de pistolas;
se prohíbe besar y ser besado al véspero en los parques
(hábitos románticos de caducas épocas liberales).
El beso ha de ser discreto —en chalet propio—
en la moralidad bien entendida, claro.



Y el hambre de los que cenan frío —acaso nada—
pasa el año en la sombra de otro año.

El poeta hoy siente la caridad,
va a vender por acciones el mundo de sus sueños,
donde habitan preguntas, silencios y esperanzas
—célico capital inmobiliario—.

Y comprar a los hombres un simple manual
de pocas hojas
que les hable de amor.

VEINTE DE AGOSTO

A MI HERMANO JULIO ANTONIO

No ha sido, no, la caracola, ni la alondra;
ni el joven marinero de los ojos de uva;
ni la «Sota de Copas» —esa borracha de los naipes—
quien ha puesto en mi mente tu recuerdo.

Ha sido el tiempo, hoy, ahora, ayer,
tu absoluta presencia,
que no se ha roto, siquiera con la muerte;
es muy poco la muerte,
para apartarte de mi lado, hermano.

Ya ves que yo, por dentro, sigo igual,
exacto que cuando niños o jóvenes
reíamos, llorábamos, siempre juntos,
y con un solo pañuelo nos bastaba
para enjugar las lágrimas
en el rincón de nuestro oscuro patio
o de cara a la luna —vieja amiga—
llena ya de agujeros conocidos.

Y este minuto me parece el mismo
que aquél otro,
en que me pusiste las manos en los hombros,
para decirme un ¡adiós! tan alegre
que al vestirse de luto unas horas más tarde,
estaba tu sonrisa todavía, llena del mar atlántico
repitiendo tu saludo: ¡Hasta luego!
cuando se habían apagado las luces
y la ciudad, alboreaba la vida,
toda la vida, menos la tuya, hermano.

¿Hasta luego?
¿En qué estrella? ¿En qué sombra? ¿En qué eco?
¿En qué latido nuevo, escondido me esperas?

Aunque estás a mi lado no te tengo.
Quisiera ver tu rostro, tus cabellos, tus manos,
escuchar tu suspiro, sonrojarte,
cuando el amor andaba por tu pecho
sembrando desengaños y esperanzas;

ahora flores de hielo, secas, grises.

Pero todo acabó. Todo se ha evadido.
Todo se ha llenado de agua maldita.
Hasta mis ojos.

VERDAD, AMIGO JULIO?

A TOVAR, YA LEJOS

Yo no estaba en la Isla.
Como siempre, andaba cosechando mi tristeza,
entre gentes que ríen y se empujan,
y nunca nos entienden.

Con el dolor abierto —ahora ensanchado—
me llegas con tu muerte cargada a las espaldas,
con tus ojos inmóviles y el detenido pulso
—delincuente de sueños y esperanzas, como el mío—.

Y qué dolor tan recio. Qué total desconsuelo
no haber podido regalarte sesenta pálpitos
de los que me sobraron al conocer tu marcha.

Y hacer la transferencia, enviándote
un mensajero del espacio; cualquier estrella amiga,
una de tantas, que juntos cortejamos.

Y no he podido, no, ayudarte
en esa fuga de la muerte, que te aferró
con grilletes de soledad y silencio;
esa maldita hembra, fiel y puntual como ninguna.

Y ya ¿qué queda?
El sí, recuerdo en esta misma calle pedregosa
o en estos barrios, que, en la gran ciudad,
son como oasis de los sentimientos,
que recorrimos con nuestros sueños bajo el brazo,
maduros escolares del invisible libro
del bien y la belleza.

Hablábamos de estar acompañados, pero Solos.
y ahora te llevas tú la ese
en un traspies inédito de vino azul y amargo.
Y en compañía quedo yo Solo,
mirándote marchar, sin poder verte,
porque tengo los ojos oxidados y turbios.
Pero esto lo sabías tú de sobras.

Verdad, ¿amigo Julio?

CAMPESINO

TE veo campesino, encorvado,
como una cé bajo el haz de tu hierba,
que penosamente cargas,
mientras en las salas de fiestas,
las rameras embaucan jóvenes melencolios
e histéricos danzantes.

Siento tu hambre de pan
en mi estómago caliente
y me produce grave vergüenza;
eso que antiguamente se llamaba pudor,
y necedad le dicen estos días.

Yo buscaría fórmulas
para hacerte otra vez dichoso
y tan sólo dispongo de mis sueños;
si te sirven, no dudes en pedírmelos.
Te admiro, te venero, y tu sudor
corre ahora por mi frente como un río;
siento en mí tu cansancio, tu problema
de hombre de bien con la familia larga.
Con las mías confundo tu angustia
y tu congoja; son diferentes,
pero muerden lo mismo, cuando llega la hora.

Regreso yo de otro camino
—camino del amor— que tú también conoces;
y vuelvo hambriento y desdichado;
dejé en aquel sendero mis mejores años,
mis más altos sentimientos;
con esta carga de amargura,
ya somos casi iguales;
Tú con tu haz de yerba,
yo con mi fardo de perdidos sueños.

Y ahora estos sueños serán para vosotros,
hombres de los caminos, tan solos como yo;
ya juntos beberemos de la misma agua amarga;
de la misma.

ALBAÑIL

COMO debe pesar ese cubo
que transportas sobre tu hombro encallecido,
pobre y triste albañil;
cómo en tus ojos, la cal, la tierra, el viento
han fundado un hogar,
para ir comiendo de tu vista turbia,
para dejarla como el mantel blanco,
tal una muerta pantalla de cine;
donde tu asistes, una vez cada mes
o quizá menos; no alcanza, no,
el ahorro para tanto.

El sol, la sed, el ruido
a tu escuchar transportan
un concierto demente;

mientras la fría excavadora,
apenas deja tiempo, para dar dos fumadas
a un cigarrillo de los más baratos;
bueno, y en ocasiones
ni siquiera para hablar con los compañeros,
sobre la salud de la familia,
el precio de la tierra de tu pueblo,
inédito aún, para esa proliferada planta
del turismo, adulado señor de nuestra casa.

Cuando llegue el domingo, hablaremos,
albañil amigo.

Tengo mojado el techo de mis sueños
pues no cesan de manar
estos canales que son mis propios ojos,
y tendrás tú que echarles un buen remiendo.
Cemento y alquitrán, bien les vendría.

MINERO

TE contemplo admirado,
cuando sales de ese túnel de muerte;
la mina.

No comprendo la edad que llevas dentro,
pues tu rostro retrata todas las edades,
desfigurado por la sombra y con gestos
vacilantes, fríos, como si el corazón
que de seguro tiene que palpitarte
se hubiera alejado de ti,
acaso deslumbrado por el sol,
tan poco conocido de todos vosotros:
los domingos quizá
aunque me temo que tu cuerpo no tenga ganas

de mirar las luces
que son para nosotros las tinieblas.

Se llena mi alma de cobre, de carbón
o de mercurio
y me estremece pensar tu penosa jornada
y cuántas veces lamento, ver bajo mis ojos,
una corbata limpia y unos zapatos lustrados;
seguros signos de una comodidad
que incómodo disfruto metido en mi chaqueta
de cobarde, que me libra del frío
y me hace aparecer un hombre de cultura
distinguido y gentil como un gallo cebado.

Y entender que mi vida está resuelta
(la gástrica se entiende)
con hacer garabatos —números, letras, signos—
simple y monótono, papel de mi trabajo,
y que como huella, sólo deja en el dedo anular
un diminuto callo, que a veces se irrita
como todo lo pequeño.

Yo siempre estoy contigo, amigo de la mina,
pobre de la ciudad, hombre del campo.

Pensé de joven que éramos iguales.
Penosa irrealidad, pero qué gozo
es al menos pensarlo.

EL SEPULTURERO

EMPUJO estas puertas, cuyas visagras gruñen
la voz dolida de infinitos pasos;
el hierro está mohoso
con el aliento de la muerte, siempre.
Vahos podridos de humedad y flores
me reciben hosco, como a extraño, y
no tengo aún pasaporte de regreso.

Te busco entre las cruces, símbolo
en esta cárcel de cadena perpetua;
y aunque las piernas me vacilan —temblorosas—
en el cieno o el césped,
apretando mi vida con un terror inmenso,
hay firme voluntad de ver tu rostro,

y no deseo marcharme
porque el misterio, siempre es atrayente.

Quiero ver esa huella, que habrá dejado en ti
tantas miradas turbias de ojos desvanecidos
en la última luz que ayer bebieron.

Por fin te encuentro.
¡Qué distinto eres de los enterradores
que horrorizan!
Hablamos. Y sonríes y nos fumamos
un cigarro juntos.
Tus palabras son llanas y sencillas;
como la madera blanca de estas póstumas
cunas solitarias, sin madre ya.

No, no hay torvedad en tu mirada;
no es corva tu nariz;
ni te pareces a un perro viejo y tuerto.

Voy comprendiendo —poco a poco—;
eres el que, amorosamente,
nos cubres con la capa de la tierra.
Eterna capa que no se compra en cualquier almacén
tras elegir por sus escaparates.
No hay materia posible para esta capa
prieta de milenios.
Poco a poco, sí, voy comprendiendo:
Eres el encargado de las devoluciones por error;

nuestros humanos paquetes
llegan aquí, a la vida, equivocados;
tú nos reexpides a las señas ciertas.

¡Vamos! Ya lo he entendido.
Enciende los fuegos fatuos; oscurece;
y deja la verja bien trancada
no se escape tu perro, único ser viviente
que se puede fugar inadvertido.
Es tarde, vamos.

CANTO A UN LOCO

CIERRA tus ojos, viejo loco amigo,
no los dejes salirse de paseo
por fuera de tus órbitas saltando.
Vengo para decirte: Estoy contigo;
que la libertad es más bella, más fácil
disfrutada en este húmedo patio,
—donde el sol se ruboriza
y olfatea tan sólo unos instantes—
que la lograda, con nuestros pasos
rápidos o penosos, pero sin ruta propia
para —como es debido— virar de un punto a otro,
cual sería nuestro gusto.

Aquí fuera, acechan racimos
de envidias, desazones y venganzas,

tal una lluvia espesa de pedazos ardientes;
un agua de locura, inunda cuanto queda
al otro lado de tu oscura puerta.
Sin embargo, nos llamamos cuerdos
los unos a los otros;
serenamente, sí, serenamente.

El astrónomo, el físico o el sabio,
¿no son pobres trastornados siempre?
Y ahí los tienes, con el propósito
de poseer los secretos de nuestros vecinos
esos astros cansados, con los ojos abiertos,
encendidos, para alumbrar su forzoso sendero
entre los mundos; deambulando
sin siquiera tener en los días festivos
un paseo distinto del de siempre,
pues la infinita noria, es inflexible.
Ya ves, qué libertad tan relativa
de todos y de todo.

Y ahora
la poca libertad dormida en nuestro corazón,
la convierten en plástico —purísima materia—.
Latido, huella y amor, pasan a la tecnografía;
el sentimiento, tan sólo será ruido,
coyuntura o impacto
en las modernas palabras económicas,
aunque estemos en contra todos los miserables poetas

con las liras mojadas, como pólvora inútil,
y bajo cero: el alma.

Al fin tú —piedra firme—
permaneces subido en una idea,
te sientes y te crees César o Napoleón;
cúbres tu frente con una corona de retama olorosa
y tratas de agujerear el hierro indiferente
con tu cetro de escoba sin cabeza.
Y qué lógico es ello,
cuando miramos hondamente el fin.

Entorna bien los ojos, y cálmate mi amigo,
todos queremos estar cuerdos, todos quisiéramos hacer,
pero, cambiamos las rutas porque no somos libres.

Aferrados al suelo, dando vueltas por el camino
que los demás quieren,
sin ser dueños siquiera como tú
de la idea, la corona o el palo.

REGRESO DEL NIÑO

UN farol simple; ved: esta es mi calle.
Acacias y alquitrán mezclan sus vidas;
¡Tín-tín! El tren que raudo pasa,
—amarillo tranvía del recuerdo—
con su electricidad, recién estrenada.

Ya dije: un farol simple
y un niño que soy yo; que ahora come sentado,
con una cucharilla de madera
un oscuro puré de principio de siglo.

La ventana está abierta,
y la brisa ha dejado en el plato
caer una flor mustia de la acacia.

Y el niño la come revuelta en su puré;
a otoño y humedad sabe su jugo.

Mira al farol el niño,
al niño el farol mira.
Y una luz azulada de inocencia se extiende.

II

Sí, con mi nariz redonda y diminuta,
tal un caracol joven;
aspiro aromas de vinos y humedad
y embutidos colgantes
tal apagados farolillos de carne
roja y sazónada.

Los dedos de visera sobre los ojos
escruto deslumbrado, este sótano amigo
despensa de colmados y tabernas.

Algún ratón se harta entre las sombras;
la verdad que lo envidio,
cuando escucho su sonoro roer,
que nos advierte del gato distraído,
acaso ausente, por contrariado amor.

Mas llega gente. ¡Ah! el niño...

Y una mujer con blanco delantal
me arrastra de los brazos, apartándome:
Y hay mucho llanto, mucho.
(Temprano comencé a valorar la libertad perdida,
siquiera esa del ratón hambriento).

PAISAJE



LAS 5 DEL MES DE ENERO

EN el globo de fuego
he descubierto el síntoma,
(agonía de colores)
la tortuga camina
hacia occidente.

Hay una lucha sorda
de algodones y siluetas
de sombras recortadas
sobre el azul eterno.

Globo de fuego cae
vierte todo su vino.

El color negro avanza
(Han sonado las 5)
las tinieblas vencieron
al borracho de luz.

LUNA LLENA

ESTA noche de cara con el cielo
me he fijado en tu cara,
eres el beso de unos labios blancos
o del beso la mancha,
de unas horas en el cielo pizarra.

Como viajera fugitiva pasas,
te siguen las estrellas
guiñándose los ojos.
Bordas el infinito con
tus hilos de plata.

Fuiste viva. Ahora muerta
y vagas los espacios
con las almas.

Lo que de ti me atrae
es tu tristeza pálida,
es tu melancolía,
es el dolor de la estrellas
fugaces de tus lágrimas.

VALLE DE BUFADERO

JUNTOS la barranquera y el almendro.
Un lagarto dormido entre las piedras,
la flor del ñame sonriendo al cielo;
paisaje de mi isla roja y dura
entre dragos, tabaibas e incienso.

Visión de niño que despierta ahora,
áspero valle en mi lejano sueño...
Yo quisiera pisar huellas de entonces,
remover las arenas de tu seno,
buscando mi niñez allí clavada,
cantar, reír, gritar ahora de nuevo;
como si en mi existencia se atrasara
treinta años el reloj que hiere el tiempo;
como si el viejo corazón cansado
volviera a comenzar su ritmo inquieto...

Valle donde mis ojos asustados
vieron fantasmas, duendes, brujas, «miedos»,
y al calor del hogar, en una venta
escuchar de un anciano un triste cuento...

¡Qué días y qué noches de mi isla
gravados desde niño en mi recuerdo!
Aún me parece cuando tiritando
la noche la pasaba en desvelo,
cuando el alba dibujaba clara
la sombra gris del despertar del pueblo,
yo cerraba los ojos dulcemente
y dulcemente comenzaba el sueño...
¡Había tantas ánimas en pena
en el mágico valle Bufadero!

Pasan los años y las vidas pasan
para todo al final ser un silencio,
estela viva de la carne ardiente
que vuelve al frío de la tierra en celo,
que vuelve porque escucha su llamada,
porque siente sus manos de hielo,
porque los gusanos exigen a gritos
un rostro, unas uñas, un pecho, un cabello...

¡Quién pudiera ser niño nuevamente
sin convertirse nuevamente en viejo!

MI ISLA...

ISLA mía, alta torre;
negro, ascendente y luminoso busto
que el mar ausculta con su oído azul...

Isla, espejo estremecido, donde tiembla
mi niñez olvidada,
mi primer suspiro,
mi llanto templado,
mi tímido beso.

Isla, mi isla
el agua a la cintura y los pies en el fuego,
que arrebatara tus ojos en llamas milagrosas,
y en los helados chorros se baña el cactus niño,
con sus brazos de espinas abiertos como cruces.

Isla mía:
Testigo de roca inaccesible, de mi esfuerzo de lucha,
de todos mis fracasos, que estrepitosamente
me vistieron de loco;
así como tu lava humilló la ladera, cambiándole
la vida entre sus dientes negros...

Y ya después, la angustia
porque aquel, tu horizonte, no admite el caminar...

Isla mía:
Rotundo, afilado cuchillo hundido entre las olas
que lloran sangre blanca,
de sus hondas heridas que taladra la roca...
Roca que éramos todos, que podíamos serlo;
pero el barro se ablanda con las lágrimas ciertas...
Y por eso en huida, he buscado un camino,
quizá camino último para ya devolverme.

Isla, entrañable, invicta, muda, noble y lejana,
mi pulso está contigo, mientras late en mi sueño
tu imagen ya brumosa
que el tiempo va empañando con su aliento de anciano...

Fuera de ti, mi isla, arrastro esta existencia
incierta, acongojada, torpe y fría.

¡Yo siempre vivo en ti
como mi muerte nueva vive siempre...

¡Esperando!...

MI PATIO

ERA mi patio así —aquel patio entrañable—
amigo de los niños y los gatos,
con su cuadrado sombrero azul al medio día.
o acaso, tocado por una gasa gris flotante y fresca,
cuando el invierno —cuidadosamente—
hilaba brumas con sus dedos nubló,
por las altas montañas de mi Isla.

Mi patio era un rincón entre losas y musgos
hasta que el sol nos visitaba atentamente;
y a su puesta, unos grillos alegres —mis amigos—
se frotaban sus alas musicales
acampando entre plantas y rendijas.

Hoy recuerdo la voz de hueco barro
que al viejo bernegal cantaba triste
la gota temblorosa, dulce y queda,
puntual, como de huérfana una lágrima.
Y en la piedra panzuda, el culantrillo
espeso, verde, fino, tierno, fresco.
Colgado el jarro, de hojalata y pinchos,
a cadena perpetua condenado,
tras su reja de madera oscura,
reloj de agua, destiladera humilde.
¡Qué sed por mi garganta en esta hora!

De una orilla el placer, de otra el terror,
la noche era en mi patio sortilegio y misterio
cuando la luna llena florecía
en las más altas ramas del magnolio;
cuando una red de sombras bordaba a nuestro paso
con luces claras
un suelo tembloroso e impalpable.

Era mi patio así; mi mente colegial
lo mantenía en su memoria, tensa y agitada:
Un trompo, un perro, unos boliches rojos
en su marco de cal, de árbol y de escaleras;
mientras gruñía cerca un puchero oloroso,
y la mazorca asada, me tostaba de aroma los pulmones.

Se abre la puerta al fondo,
una lengua de luz guiña su ojo y se eleva el pregón
¡pasteles calentitos y dorados!

El patio de mi casa ya no existe.
Aromas y palabras, pregones y paisajes,
han juntado sus manos con las mías
en la estrella encendida del recuerdo.

Esta noche estoy solo entre tus muros.

MI VIEJA PIEDRA DE LAVAR

MI vieja piedra de lavar dormida
en el oscuro patio de mi casa;
sus entrañas grises a través de los cráteres,
que el tiempo ha perforado, son pura lava isleña;
mientras sus aguas turbias, pegajosas y frías,
olvidaron sus voces en el inmenso mar que nos aprieta
—este azul cinturón denso y brillante—.

Fresca, fina, cuadrada como un trozo de piel
sólida y firme, arrancado a tirón de la cantera,
duermes ahora con la espalda al sol,
como en la Isla duermen tus hermanos,

los caminos, los diques, y los templos.
Está lleno de historia tu vientre, y de canciones,
y acaso tal cual beso, también puso su nombre,
perpetuado, en ya ilegibles iniciales breves,
sobre tu carne.

En el recuerdo, apareces unida íntimamente
a la pequeña geografía de mi niñez.
Aún quiero ver aquí la lavandera
que canta en alta voz su melodía,
mientras el grifo canta también, carraspeando
su canción de aire y agua;
hierve la nieve jabonosa de la espuma,
montones de ropa están distribuidos
como mudos viajeros en la sala de espera.

Más allá, la magnolia —presidenta del patio—,
en mi mano pequeña, un bocadillo inmenso
y en la otra cabalga Dick Turpin en su yegua de luto.

Cuando tu agua era añil —mi mar pequeña—,
el pirata abordaba a la Marina Real,
mientras la balsa «Vulcan Safety Matches»
lanzaba largos proyectiles rojos
con cabeza amarilla de puro azufre inglés.

Y ahora ya ves:

Tú inservible con alas partidas
a ese último vuelo, que es cesar.

Y yo soñando terco todavía;
te quise rescatar en el olvido
y ha salido una Historia de los dos.

EL CAMINO

Dos paredes larguísimas de viejas piedras pardas
tal serpientes inmóviles
dormidas en el cuello del camino.

Charcos, hierbas y algún pájaro perplejo
examinan su imagen en el agua inmóvil.

Igual que ayer y siempre:
los muros calcinados de una ermita
—apretados— contienen hoscos cardos tan débiles y
humildes que, en este último sol se ruborizan;
y en lo alto un bostezo de monte
que muestra su garganta roja y profunda
de volcán cansado.

Los perales de invierno, estos tristes perales
lo rodean y sus frutas colgando
—gruesas lágrimas verdes e indecisas—
se ofrecen a mano del viajero.

Los ojos parpadeantes de la lluvia en los charcos,
el lazo diminuto del trébol de noviembre
y algún lagarto, torpe, con el reloj atrasado
dormitando tranquilo entre las lajas.

Todo, sobre la piel cansada de mi camino
que siempre en el invierno parecía más solo,
como una ruta de la luna
como un viudo reciente,
como un ciego en su mundo apagado.

La voz de un viejo perro lejano
—que mi huella sonora la despierta—
es como un ritmo hueco, lento y grave
que se funde en la niebla con su eco.

Hoy vuelvo a caminar camino de mi isla,
hoy contemplo otra vez tus humildes geranios
como ayer, y su flor me conoce y me guiña sus ojos
blancos, rosas y rojos, marchitos, polvorientos:
es el saludo al viejo conocido que vuelve.

Bajo mis pies palpita ahora tu arcilla
con mi propia y triste mortal carne...

Camino de silencios y leyendas,
de duelos y de bodas, de carretas, de vacas,
de perros y de niños.
Tú estás igual, camino de mi isla,
y yo qué diferente te contemplo.

INDICE

	<u>PAGS.</u>
<i>Introducción.</i>	7
VERTICE DE SOMBRA	
Del I al XXI poemas	14-56
INTIMO SER	
Del I al XIX poemas	57-91
AUSENCIA	
Del I al XXI poemas	93-137
VIENTO O MUERTE	
Del I al X poemas	139-162
AMOR EN EL TIEMPO	
Poema número equis	165
Fechas rotas	167
Entre ti y el viento	168
Lo desesperación del encuentro	170
Viaje de vuelta	174
Aislamiento y mañana	177
Sólo unas palabras	180
Voz de ayer	182
La voz de tus manos	185
Voz de noche	187
Vieja voz	190
Adiós ¿por qué?	192
Fuga del amor	194
Lo inexplicable	196

MUNDO Y GENTES

El adiós a la muerte	201
Mi niño azul	204
A un pintor muerto	206
A una niña vestida de azul	209
Hombre también solo	212
Ciudad	214
Despertar ¿para qué?	216
Veinte de agosto.	219
¿Verdad, amigo Julio?	222
Campeño	224
Albañil	226
Minero	228
El sepulturero	230
Canto a un loco	233
Regreso del niño.	236

PAISAJE

Las 5 del mes de enero	241
Luna llena	243
Valle de Bufadero	245
Mi isla	247
Mi patio	249
Mi vieja piedra de lavar.	252
Mi camino	255



*Acabóse de imprimir este libro de «Desierta espera»,
compuesto en tipo elzeviriano del cuerpo doce,
en la Imprenta Lezcano, el día treinta
de mayo de mil novecientos
sesenta y seis.*



do siempre como nuevos, los valles, las nubes y el mar. Un paisaje puro, simple, sin nombres ni símbolos eufónicos, metido de bruces en esta geografía universal que es la Isla misma.

El amor y las gentes de este libro, son en su mayor parte isleños, aún cuando lleven sobre sus hombros una capa de universalidad. Piénsese que he crecido mirando el firmamento, y sostengo sólida y ya antigua amistad con el mundo celeste. A él accedí a través de viejos aparatos astronómicos de la mano de mi padre. Juntos, muchos años anduvimos acechando el cielo.

Para mí toda definición de poesía es incompleta. Encasillar este sentimiento en una frase— más o menos acertada—, es como intentar una definición de los mares, tomando como base el agua que nos cabe en el cuenco de la mano. Rechazo pues, todo intento de descripción. La poesía como una pura y simple brisa, entra, sale y nos sentimos traspasados por ella. Eso es todo.

Tuve un hermano que el mar me arrebató una noche. Un poeta, que había sido además mi camarada y mi maestro. Quise continuar su obra, y unos años más tarde me adiestré con sus amigos de «Gaceta de Arte» un grupo joven de entonces, que producía consternación en los medios clásicos literarios y artísticos de estas latitudes. «Gaceta de Arte» barrió con firme escoba, moldes, preceptos, normas y fumigó beneficiosamente con nobles líquidos, mitos, nombres y atmósferas. Para mí fue un honor formar parte de ese equipo de limpieza.

Interiné durante varios años la crítica de arte de un diario levantino, jamás fui espíritu crítico. Mis poemas y crónicas andan dispersos en periódicos y revistas isleñas y peninsulares. Pérez Munik me concedió la última plaza en su «Antología de la poesía canaria».

Si añadimos que mi dicha puede contarse por horas, mi amargura por años, que llevo el medio siglo bien doblado, que nací en Madrid y pasé largas temporadas alejado involuntariamente de mi Isla, queda dicho casi todo.

Quienes me conozcan, traducirán perfectamente, ese «casi».